

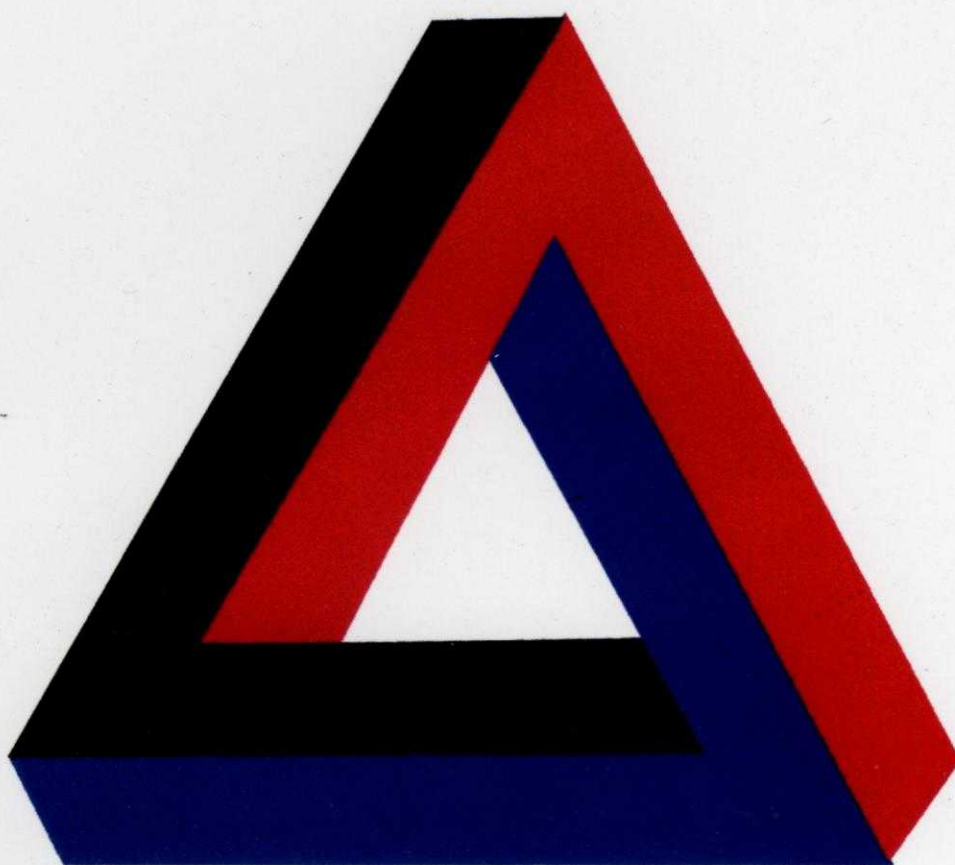
NORTE

REVISTA HISPANO-AMERICANA

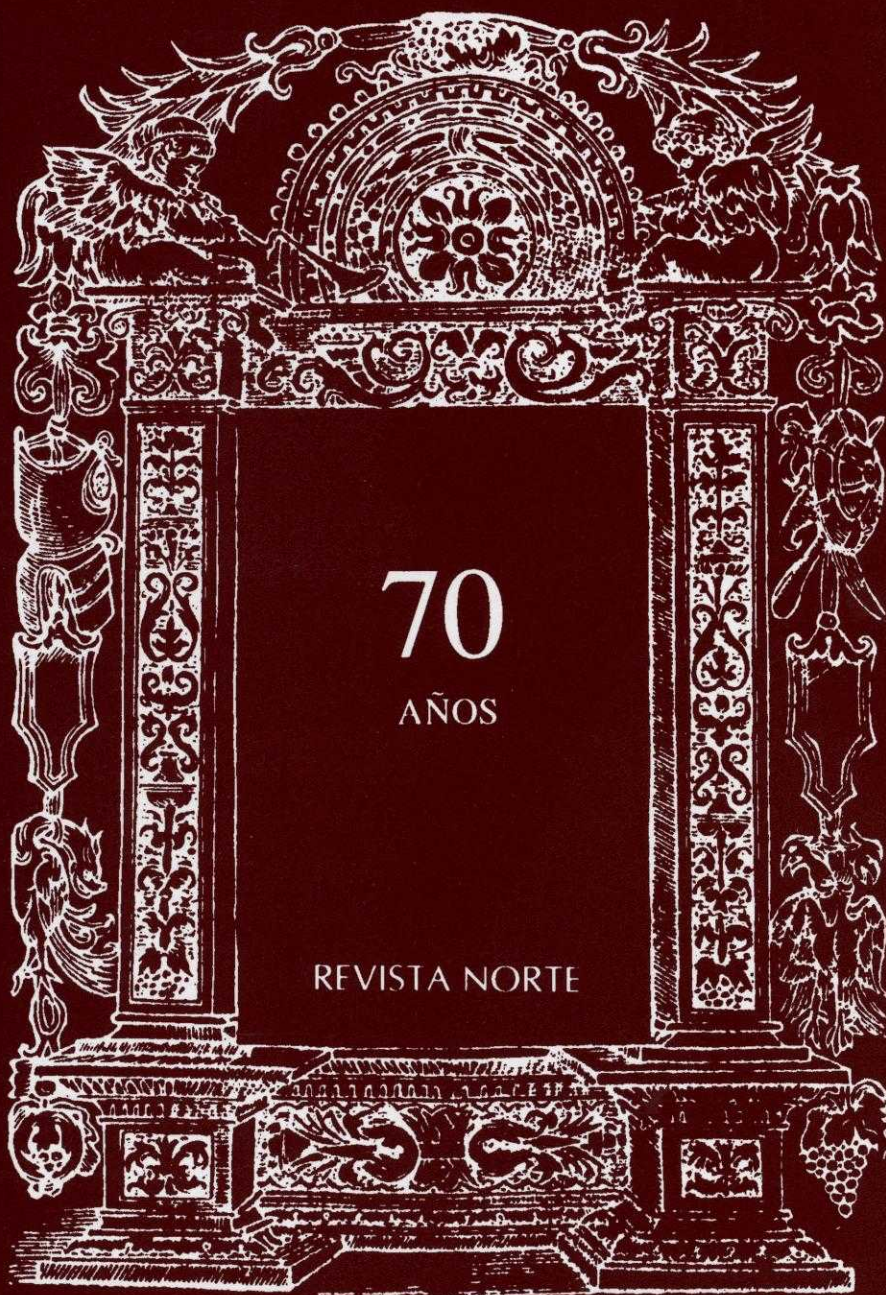
Cuarta Época

No. 431/432

Enero-Abril 2003



**HOMENAJE A JOSÉ MARTÍ EN SU
ANIVERSARIO**



REVISTA
HISPANO - AMERICANA
Fundada en 1929

Publicación del
Frente de Afirmación Hispanista, A.C.

Calle Lago Como # 201
Col. Anáhuac,
Delegación Miguel Hidalgo
11320 México, D.F.

Derechos de autor registrados.
Miembro de la Cámara Nacional de la
Industria Editorial

Director
Fredo Arias de la Canal

Fundador
Alfonso Camín Meana

Consejo editorial
Berenice Garmendia
Iván Garmendia
Juan Ángel Gutiérrez

Impresa en los Talleres de
Prograf S.A. de C.v.
12 y 13 Hidalgo 547
Cd. Victoria, Tamps.
Tels. 01 834 2 91 85 / 31 2 80 77
Fax 01 834 31 2 16 45

EL FRENTE DE AFIRMACION
HISPANISTA, A.C. envía gratuitamente esta
publicación a sus asociados, patrocinadores
y colaboradores, igualmente a los diversos
organismos culturales y gubernamentales
del mundo hispánico.

NORTE

REVISTA HISPANO-AMERICANA. Cuarta Época. No. 431/432 Enero-Abril 2003

SUMARIO

JOSÉ MARTÍ

Rubén Darío

3

MARTÍ

Justo Sierra Méndez

7

MARTÍ

Alfonso Camín

8

MARTÍ EN MÉXICO

Alfonso Camín

9

MIS DÉCIMAS A MARTÍ

Alfonso Camín

12

GLORIA A JOSÉ MARTÍ

Primitivo Herrera

16

HEREDIA Y MARTÍ

Ángel Augier

17

MÉXICO EN MARTÍ

Raúl Gómez Trejo

20

MARTÍ

Nicolás Guillén

25

DISCURSO DE JOSÉ MARÍA CARBONELL

26

MARTÍ

Pablo Neruda

34

MARTÍ

Mercedes García-Tudurí

35

MARTÍ, POETA Y GUERRERO

Darío Espina Pérez

36

ALFONSO HERRERA FRANYUTTI

DESCUBRE UNA POESÍA DESCONOCIDA

DE JOSÉ MARTÍ

38

CANTO A MARTÍ

Carilda Oliver Labra

40

MARTÍ, MÁRTIR

Arturo Doreste

44

MARTÍ Y EL AMOR

Ydilia Jiménez

46

CANTO A MARTÍ

Norman Rodríguez

48

EN LA FECHA DE MARTÍ

Francisco Henríquez

54

AQUÍ ESTÁ LA CARNE

Carlos Galindo Lena

55

A JOSÉ MARTÍ EN SU CENTENARIO

Ángel Cuadra

56

JOSÉ MARTÍ

Hortensia Munilla

58

AMANTE DEL AMOR

Herminia Ibaceta

59

CONVERSACIÓN CON JOSÉ MARTÍ

Juan Carlos Valls

62

TRIBUTO A MARTÍ

Urbano Gómez Montiel

63

MARTÍ

Luis Martínez

64

CON MARTÍ POR LOS RÍOS DEL ALBA

Nieves del Rosario Márquez de Rubio

65

A JOSÉ MARTÍ

Juan Roure Marrero

66

GLOSA

Raúl Hernández Novás

67

GLOSA DEL BRINDIS ANTES DE SALIR

DE SANTO DOMINGO A CUBA

Francisco Henríquez

68

DOS GLOSAS

Ronel González

70

PLEGARIA ANTE UNA FOTO DE MARTÍ

ENTRE LAS CAÑAS

Francis Sánchez

72

LOS COLORES DE LA AGONÍA

Enrique Martínez Santos

73

RÉQUIEM POR LALITA CURBELO BARBERÁN

(1930-2002)

74

ELEGÍA SIN NOMBRE

Luis Caissés Sánchez

75

EPÍSTOLA A LALITA CURBELO

Pedro Antonio Pérez González

77

TE ATREVISTE

Lalita Curbelo Barberán

78

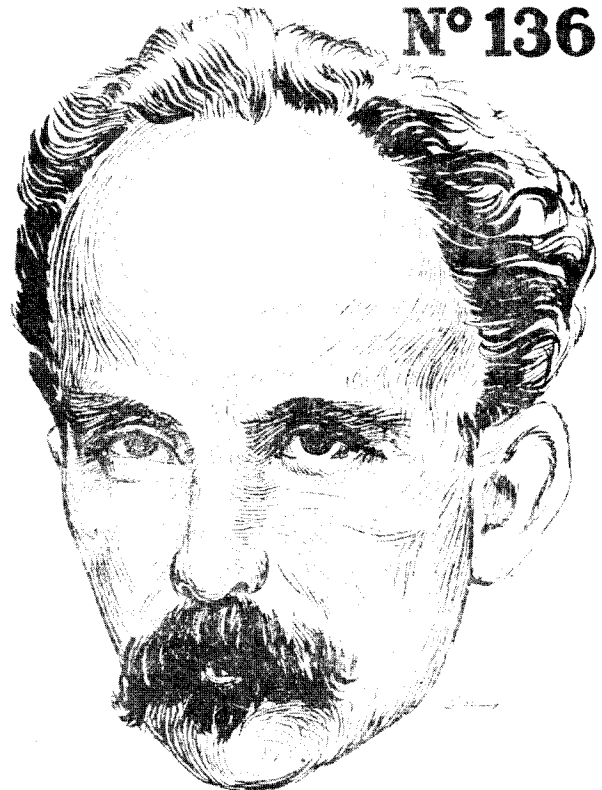
POETA SIEMPRE

Rubén Rodríguez

Tercera de forros

Publicación **NORIEK** *Hispano* *Mexicana*

Nº 136



\$20.00

**EXTRAORDINARIO
DE CUBA**

JOSE MARTI Forjador de la patria cuba-
na, cuyo Centenario de su Nacimiento ce-
lebra Cuba con grandes fiestas nacionales.

—¡oh, Maestro, que has hecho!

RUBÉN DARÍO
(1867-1916)

El fúnebre cortejo de Wagner exigiría los truenos solemnes del **Tannhäuser** para acompañar a su sepulcro a un dulce poeta bucólico; irían, como en los bajo-relieves, flautistas que hiciesen lamentarse a sus melodiosas dobles flautas; para los instantes en que se quemase el cuerpo de Melesigenes, vibrantes coros de lirás; para acompañar —¡Oh! permitid que diga su nombre delante de la gran Sombra épica: de todos modos, malignas sonrisas que podías aparecer, ya está muerto!— **para acompañar, americanos todos que habláis idioma español, el entierro de José Martí**, necesitaríase su propia lengua, su órgano prodigioso lleno de innumerables registros, sus potentes coros verbales, sus trompas de oro, sus cuerdas quejosas, oboes sollozantes, sus flautas, sus tímpanos, sus lirás, sus sistros. Sí, americanos, hay que decir quién fue aquel grande que ha caído. Quien escribió estas líneas que salen atropelladas de corazón y cerebro, no es de los que creen en las riquezas existentes de América... somos muy pobres... tan pobres, que nuestros espíritus, si no viniese el alimento extranjero, se morirían de hambre. Debemos llorar mucho por esto al que ha caído. Quien murió allá en Cuba, era de lo mejor de lo poco que tenemos nosotros los pobres; era millonario y dadivoso: vaciaba su riqueza a cada instante, y como por la magia del cuento, siempre quedaba rico: hay entre los enormes volúmenes de la colección de **La Nación**, tanto de su metal fino y piedras preciosas, que podría sacarse de allí la mejor y más rica estatua. Antes que nadie Martí hizo admirar el secreto de las fuentes luminosas. Nunca la lengua nuestra tuvo mejores tintas, caprichos y bazarías. Sobre el Niágara de Castelar, milagrosos iris de América. ¡Y qué gracia tan ágil, y qué fuerza natural tan sostenida y magnífica!

Otra verdad aún, aunque pese más al asombro sonriente: eso que se llama el genio, fruto tan solamente de árboles centenarios —ese majestuoso fenómeno del intelecto elevado a su mayor potencia, alta maravilla creadora, el Genio, en fin, que no ha tenido aún nacimiento en nuestra raza, ha intentado aparecer dos veces en América; la primera en un hombre ilustre de esta tierra, la segunda en José Martí. Y no era Martí, como pudiera creerse, de los semigenios de que habla Méndes, incapaces de comunicar con los hombres porque sus alas les levantan sobre la cabeza de éstos, e incapaces de subir hasta los dioses, porque el vigor no les alcanza y aún tiene fuerza la tierra para atraerles. El cubano era "un hombre". Más aún; era como debería ser el verdadero super-hombre. Grande y viril, poseído del secreto de su excelencia, en comunión con Dios y con la naturaleza.

En comunión con Dios vivía aquel hombre de corazón suave e inmenso; aquel hombre que aborreció el mal y el dolor, aquel amable león de pecho columbino, que pudiendo desjarretar, aplastar, herir, morder, desgarrar, fue siempre seda y miel hasta con sus enemigos. Y estaba en comunión con Dios, habiendo ascendido hasta él por la más firme y segura de las escalas, la escala del dolor. La piedad tenía en su ser un templo; por ella diríase que siguió su alma los cuatro ríos de que habla Rusbrock el admirable; el río que asciende, que conduce a la divina altura; el que lleva a la compasión por las almas cautivas, los otros dos que envuelven todas las miserias y pesadumbres del herido y perdido rebaño humano. Subió a Dios, por la compasión y por el dolor. ¡Padeció mucho Martí! Desde las túnicas consumidoras, del temperamento y de la enfermedad, hasta la inmensa pena del Señalado que se siente desconocido entre la general estolidez ambiente; y por último, desbordante de amor y de patriótica locura consagróse a seguir una triste estrella engañosa que llevó a ese desventurado rey mago a caer de pronto en la más negra muerte.

Los tambores de la mediocridad, los clarines del patriotismo tocarán dianas celebrando la gloria política del Apolo armado de espada y pistolas que ha caído, dando su vida, preciosa para la humanidad y para el Arte y para el verdadero triunfo futuro de América, combatiendo entre el negro Guillermon y el general Martínez Campos.

¡Oh, Cuba!, eres muy bella, ciertamente, y hacen gloriosa obra los hijos tuyos que luchan porque te quieren libre; y bien hace el español de no dar paz a la mano por temor de perderte, Cuba admirable y rica y cien veces bendecida por mi lengua; mas la sangre de Martí no te pertenecía; pertenecía a toda una raza, a todo un continente; pertenecía a una briosa juventud que pierde en él quizá el primero de sus maestros; pertenecía al porvenir.

Cuando Cuba se desangró en la primera guerra, la guerra de Céspedes, cuando el esfuerzo de los deseos de libertad no tuvo más fruto que muertes e incendios y carnicerías, gran parte de la intelectualidad cubana partió al destierro. Muchos de los mejores se expatriaron, discípulos de D. José de la Luz,

poetas, pensadores, educacionistas. Aquel destierro todavía dura para algunos que no han vuelto ahora a la manigua. José Joaquín Palma, que salió a la edad de Lohengrin con una barba rubia como la de él, y gallardo como sobre el cisne de su poesía, después de arrullar sus décimas "a la estrella solitaria" de república en república, vio nevar en su barba de oro, siempre con ansias de volver a su Bayamo, de donde salió al campo a pelear después de quemar su casa. Tomás Estrada Palma, pariente del poeta, varón, probo, discreto y lleno de luces, y hoy elegido presidente, por los revolucionarios, vivió de maestro de escuela en la lejana Honduras; Antonio Zambrana, orador de fama justa en las repúblicas del norte, que a punto estuvo de ir a las Cortes, en donde habría honrado a los americanos, se refugió en Costa Rica, y allí abrió su estudio de abogado; Eizaguirre fue a Guatemala; el poeta Sellén, el celebrado traductor de Heine, y su hermano, otro poeta, fueron a Nueva York, a hacer almanaques para las píldoras de Lamman y Kemp, si no mienten los decires; Martí, el gran Martí, andaba de tierra en tierra, aquí en tristezas, allá en los abominables cuidados de las pequeñas miserias de la falta de oro en suelo extranjero; ya triunfando, porque a la postre la garra es garra y se impone, ya padeciendo las consecuencias de su antagonismo con la imbecilidad humana; periodista, profesor, orador; gastando el cuerpo y sangrando el alma; derrochando las esplendides de su mundo interior en paraje en donde jamás se podría comprender el valor del altísimo ingenio y se le infligiría además el baldón del elogio de los ignorantes; tuvo en cambio grandes gozos: la comprensión de su vuelo por los raros que le conocían hondamente; el satisfactorio aborrecimiento de los tontos; la acogida que **l'élite** de la prensa americana —en Buenos Aires y Méjico— tuvo para su correspondencia y artículos de colaboración. Anduvo, pues, de país en país, y por fin, después de una permanencia en Centro América, partió a radicarse a Nueva York.

Allá, a aquella ciclópea ciudad, fue aquel caballero del pensamiento a trabajar y a bregar más que nunca. Desalentado, él tan grande y tan fuerte, ¡Dios mío!, desalentado en sus ensueños de Arte, remachó con triples clavos dentro de su cráneo la imagen de su

estrella solitaria, y dando tiempo al tiempo, se puso a forjar armas para la guerra, a golpe de palabra, y a fuego de idea. Paciencia, la tenía; esperaba y veía como en una vaga fatamorgana, su soñada Cuba libre. Trabajaba de casa en casa, en los muchos hogares de gentes de Cuba que en Nueva York existen; no desdeñaba al humilde: al humilde le hablaba como un buen hermano mayor, aquel sereno e indomable carácter.

Su labor aumentaba de instante en instante, como si activase más la savia de su energía aquel inmenso hervor metropolitano. Y visitando al doctor de la Quinta Avenida, al corredor de la Bolsa, y al periodista y al alto empleado de **La Equitativa**, y al cigarrero y al negro marinero, a todos los cubanos neoyorkinos, para no dejar apagar el fuego, para mantener el deseo de guerra, luchando aún con más o menos claras rivalidades, pero, es lo cierto, querido y admirado de todos los suyos, tenía que vivir, tenía que comer: entonces eran aquellas cascadas literarias que a estas columnas venían y otras que iban a diarios de Méjico y Venezuela. No hay duda de que ese tiempo fue el más hermoso tiempo de José Martí. Entonces fue cuando se mostró su personalidad intelectual más bellamente.

Allí aparecía Martí pensador, Martí filósofo, Martí pintor, Martí músico, Martí poeta siempre. Con una magia incomparable hacía ver aquí unos Estados Unidos vivos y palpitantes, con su sol y sus almas, por diez centavos. Aquella nación colosal, la sábana de antaño, presentaba en sus columnas, a cada correo de Nueva York, espesas inundaciones de tinta. Los Estados Unidos de Bourget deleitan y divierten; los Estados Unidos de Goussac hacen pensar; los Estados Unidos de Martí son estupendo y encantador diorama que casi se diría aumenta el color de la visión real. Mi memoria se pierde en aquella montaña de imágenes, pero bien recuerdo un Grant marcial y un Sherman heroico que no he visto más bellos en otra parte; una llegada de héroes del Polo; un puente de Brooklin literario igual al de hierro; una hercúlea descripción de una exposición agrícola, vasta como los establos de Augias; unas primaveras floridas y unos veranos, ¡oh sí!, mejores que los naturales; unos indios sioux que

hablaban en lengua de Martí como si Manítú mismo les inspirase; unas nevadas que daban frío verdadero, y un Walt Whitman patriarcal, prestigioso, líricamente augusto, antes, mucho antes de que Francia conociera por Sarrazín al bíblico autor de las **Hojas de yerba**.

Y cuando el famoso Congreso Pan-americano, sus cartas fueron sencillamente un libro. En ese tiempo escribió Martí el autógrafo que hoy publica **La Nación**. En aquellas correspondencias hablaba de los peligros del yankee, de los ojos cuidadosos que debía tener la América Latina respecto a la hermana mayor; y del fondo de aquella frase que una boca argentina opuso a la frase de Monroe.

Era Martí de temperamento nervioso, delgado, de ojos vivaces y bondadosos. Su palabra suave y delicada en el trato familiar cambiaba su raso y blandura en la tribuna, por los violentos cobres oratorios. Era orador, y orador de grande influencia. Arrastraba muchedumbres. Su vida fue un combate. Era grandilocuo y cortesísimo con las damas; las cubanas de Nueva York teníanle en justo aprecio y cariño, y una sociedad femenina había, que llevaba su nombre. Su cultura era proverbial, su honra intacta y cristalina: **quien se acercó a él se retiró queriéndole**. Y era poeta; y hacía versos.

Sí, aquel prosista que siempre fiel a la Castalia clásica se abrevó en ella todos los días, al propio tiempo que por su constante comunión con todo lo moderno y su saber aniversal y políglota formaba su manera especial y peculiarísima, mezclando en su estilo a Saavedra Fajardo con Gautier, con Goncourt —con lo que gustéis, pues de todo tiene; usando a la continua del hipérbaton inglés, lanzando a escapa sus cuadrigas de metáforas, retorciendo sus espirales de figuras; pintando ya con minucia de pre-rafaelista las más pequeñas hojas del paisaje, ya a manchas, a pinceladas súbitas, a golpes de espátula, dando vida a las figuras; aquel fuerte cazador, hacía versos, y casi siempre versos pequeñitos, versos sencillos —¿no se llamaba así un librito de ellos?— versos de tristezas patrióticas, de duelos de amor, ricos de rima o armonizados siempre con tacto; una primera y rara colec-

ción está dedicada a un hijo a quien adoró y a quien perdió por siempre: Ismaelillo.

Los **Versos sencillos**, publicados en Nueva York, en linda edición, en forma de eucologio, tienen verdaderas joyas. Otros versos hay, y entre los más bellos **Los zapaticos de rosa**. Creo que como Banville la palabra "lira" y Leconte de Lisle la palabra "negro", Martí la que más ha empleado es "rosa".

Un libro, la **Obra escogida** del ilustre escritor, debe ser idea de sus amigos y discípulos. Nadie podría iniciar la práctica de tal pensamiento, como el que fue no solamente discípulo querido, sino amigo del alma, el paje, o más bien "el hijo" de Martí: Gonzalo de Quesada, el que le acompañó siempre leal y cariñoso, en trabajos y propagandas, allá en Nueva York y Cayo Hueso y Tampa. Pero quién sabe si el pobre Gonzalo de Quesada, alma viril y ardorosa, no ha acompañado al jefe también en la muerte.

Los niños de América tuvieron en el corazón de Martí predilección y amor. Queda un periódico único en su género, los pocos números de un periódico que redactó especialmente para los niños. Hay en uno de ellos un retrato de San Martín, que es una obra maestra. Quedan también la colección de **Patria** y varias obras vertidas del inglés, pero eso todo es lo menor de la obra literaria que servirá en lo futuro.

Y ahora, maestro y autor amigo, perdona que te guardemos rencor los que te amábamos y admirábamos, por haber ido a exponer y a perder el tesoro de tu talento. Luego sabrá el mundo lo que tú eras, pues la justicia de Dios es infinita y señala a cada cual su legítima gloria. Martínez Campos que ha ordenado exponer tu cadáver, sigue leyendo sus dos autores preferidos: "Cervantes... y Ohnet". Cuba quizá tarde en cumplir contigo como debe. **La juventud americana te saluda y te llora**, pero ¡oh Maestro, qué has hecho!

Y paréceme que con aquella voz suya, amable y bondadosa, me reprende, adorador como fue hasta la muerte del ídolo luminoso y terrible de la Patria; y me habla del sueño en que viera a los héroes: las manos de piedra, los ojos de piedra, los labios de piedra, las

barbas de piedra, la espada de piedra. Y que repite luego el voto del verso:

Yo quiero cuando me muera,
sin patria, pero sin amo,
tener en mi losa un ramo
de flores y una bandera.

Tomado de **La Nación**. Buenos Aires. 1º. de junio, 1895.

MARTÍ

**JUSTO SIERRA MÉNDEZ
(1848-1912. MÉXICO)**

No ocultará por siempre a nuestra vista
tu cuerpo sacro el arenal nativo
¡ay!, sin que mi lamento fugitivo
diga el dolor que al corazón contrita.

De una Patria empeñado en la conquista
por tu noble ideal luchaste altivo:
¡quién pudiera volvernos redivivo
al paladín poeta y al artista!

En la lira de América pondremos
tu cadáver: así lo llevaremos
en nuestros propios hombros a la Historia.

Y en la paz de tu noche funeraria,
acaso como lámpara de gloria,
brille un día tu Estrella Solitaria.

MARTÍ

ALFONSO CAMÍN
(1890-1983. ASTURIAS)

Como Colón, fue un loco que persiguió un lucero
que cada vez la Patria miraba más lejano.
Él fue quien dijo, insigne poeta y caballero:
«No llores, alma mía, yo lo pondré en tu mano.»

Como Jesús, fue Apóstol de un ideal sincero.
Si malogró la siembra, no consistió en el grano.
Primero ante la Patria y ante el fusil primero,
quiso morir de frente bajo el azul cubano.

Cuando quebró sus alas de albatros en Dos Ríos,
el mar de las Antillas fue una oración de dianas,
la luna iba cubriendo de llanto los bohíos:

dejó caer al suelo sus pencas la palmera,
¡tendieron en la noche su pelo las cubanas
y amaneció llorando la estrella en la bandera!

Tomado de **Carey**

MARTÍ EN MÉXICO

ALFONSO CAMÍN

Cuba se viste de fiesta –fiesta del cuerpo y de la sangre, de las letras y del espíritu, de la libertad del surco, del cielo y del aire– para celebrar el Primer Centenario del nacimiento del apóstol Martí.

Pero Martí no es solamente un hombre de Cuba, sino un hombre de América. En alguna ocasión hemos escrito cómo a Martí le sobró figura y le faltó pedestal: el pedestal del tiempo y de la geografía. Hoy se reparte las glorias de las libertades de América con Simón Bolívar, con Sucre, Morelos, Benito Juárez, Hostos y otros paladines de la Independencia americana, incluyendo Washington y Abraham Lincoln. De nacer antes que Bolívar, el cielo de los Andes y la Gran Cordillera de horizonte y de zócalo, hoy lo tendríamos en bronce y a caballo sobre los propios Andes, con el cielo de bandera y la Cruz del Sur en los brazos.

Con todo, nació donde tenía que nacer: sobre un banco de coral, unas palmeras y un trozo de cielo; el cielo más azul que brillante; tan azul, que no siempre las palmeras son verdes. En mis madrugadas de niño yo vi las madrugadas de Cuba. Y a veces pintaban sus palmeras de añil y eran las palmeras azules a semejanza de los caballos de Anglada.

De ahí que el futuro Apóstol recorriera tierras y mares con su girón de cielo antillano en los hombros a guisa de bandera. Y esa bandera fue creciendo y se hizo también cielo de América. Martí estuvo en España, canta a Aragón y lleva a Aragón en el tuétano. También es fiesta de España. Fatigada de lutos, no podrá celebrarla. Algún día será. Lo que se lleva en el corazón no se olvida. España no pudo rendirle a tiempo sus honores a Francisco de Goya, hasta que un día trajo desde Burdeos su cuerpo sin cabeza y lo colocó a orillas del Manzanares, entre sus "frescos" de La Florida.

Yo estoy en Cuba y no solamente soy aquí **una voz española**. Vengo de México y soy **una voz de México**, como en México, siempre que me es posible, soy una voz de España y soy **una voz de Cuba**. México no sólo está de fiesta oficial, sino de fiesta de sus raíces y de su corazón. Martí estuvo en México, escribió en México, soñó y sangró en México. Las tierras no se quieren por lo que se goza, sino por lo que se sueña o se sufre en ellas. De ese soñar y de ese sufrir de Cervantes por tierras propias y extrañas, nació El Quijote, autobiografía de sus sueños, de sus tristezas y de sus fallidas heroicidades.

Martí fue periodista, poeta, soñador y conspirador en México. El pretendido romance de amor con **Rosario de la Peña**, apenas si cuenta. Es simple anécdota, vanidad que las mujeres o sus admiradores quieren más tarde elevar a la categoría de poema. Esta señora, al parecer bastante coqueta, vanidad de postal y de abanico, de

escarceo romántico, de balcón y de estrella, sólo fue un drama para **Manuel Acuña** que la inmortalizó en su **Nocturno**, a cambio de suicidarse. Martí era hombre de más segura cabeza, su ideal era más grande y no podía dejar su corazón, como una mariposa disecada, entre las varillas de un abanico. Su amor, si es que existió, fue el de un romero de paso.

Martí no estuvo solamente en la capital mexicana. Recorrió lo más intrincado de su territorio: Cozumel, Quintana Roo, las selvas de Chiapas. En Mérida de Yucatán se le tiene por una gloria de casa. Acabo de viajar por Tabasco, sobre los grandes ríos desbordados, y de sentir una gran emoción cubana a orillas del Grijalva famoso. Invitado por su Gobernador, Francisco J. Santamaría, catedrático y hombre de letras, me fueron enseñando, piedra a piedra y rama a rama, los encantos de **Villahermosa**, su progreso, su paisaje, sus centros de cultura. Entre los últimos, se encuentra éste: **Biblioteca Martí**. Contiene cientos, miles de volúmenes y es un orgullo de Tabasco. México tiene sus grandes glorias nacionales, las tiene Tabasco en las letras y en la epopeya. Empero, se escogió este nombre **Biblioteca Martí**. Lo que quiere decir que allí están los pasos del Apóstol y que Tabasco vive y alienta lleno de voces cubanas, de admiración por los hombres del pensamiento y de las libertades de Cuba. Otro tanto acontece en Mérida, prolongación de Cuba con un puente en el mar, como si fuésemos desde La Habana, atravesando la bahía, a Regla y Guanabacoa. A todo más, encontraréis esa diferencia y distancia que existe entre La Habana y Matanzas. Mérida es una Matanzas sin Yumurí. Inclusive las dos tierras están sembradas de henequenes. Matanzas atesora sus Cuevas de Bellamar; Mérida, sus Pirámides y sus cenotes, que son pozos de agua, ríos ocultos como el Ariguanabo.

Las fiestas oficiales de México con motivo del Primer Centenario del Nacimiento de Martí, responden a un natural sentimiento entre las dos naciones. Martí está sembrado en todo el aire de México, va de aquí para allá como el polen de las palmeras.

Como está sembrado en Nueva York, en Cayo Hueso, en todas las tierras de La Florida. Por cierto que se encontraron en La Florida y fueron amigos, Martí y Rubén Darío. El máximo poeta de **Cantos de vida y de esperanza** y de la **Marcha triunfal**, escuchó emocionado las últimas arengas de Martí, cuando se disponía a embarcar para Cuba, caer en Dos Ríos, quebrarse las alas y ser más grande en el vuelo. A la hora de embarcar, Darío, quizás previendo su muerte como gran poeta que era, le dio consejos en contrario. Un poeta era un poeta y su misión era hacer versos, al parecer, alejado del campo de combate. Estos consejos, más para la boca de Sancho que para los labios de Don Quijote, no los escuchó Martí en buena hora. Embarcó Martí y allá se quedó Darío gestando nuevos poemas.

Si Martí le hace caso al gran poeta de Nicaragua, pierde gran parte de sus alas, a semejanza de Don Quijote si se guía por los consejos de su escudero. Y no es que fuese Darío hombre acomodaticio y corto de alas, sino que era un gran tímido. No olvidemos que cuenta Vargas Vila, o por lo menos me lo contaba a mí, que por miedo, más que por admiración, escribió el más hermoso de sus prólogos para una obra de Rufino Blanco Fombona.

El águila caudal no escuchó al cisne, que se recreaba en sus lagos, horrorizado de ensangrentar el propio plumaje y el de su amigo. El águila voló a lo alto y el cisne quedó en tierra.

El águila había ejercitado las alas sobre los volcanes vigilantes de las libertades de México. El cisne seguía soñando con sus lagos de Nicaragua.

Tomado de **Norte** No. 136. Junio-julio y Agosto-septiembre. Año XXII.



NUESTRO FUNDADOR EN LA HABANA

Con los Redactores de “Carteles”

De izquierda a derecha:

1. Ángel Lázaro, poeta gallego. 2. Luis Gómez Wangüemert.
Jefe de redacción de Carteles. 3. Alfonso Camín.
Fundador de Norte. 4. Arturo Alfonso Roselló. Periodista.
5. Manuel Millares Vázquez. Narrador y Periodista.

MIS DÉCIMAS A MARTÍ

ALFONSO CAMÍN

Martí, mi hermano mayor
en el dolor desde niño;
la sangre sobre el armiño,
la espina oculta en la flor.
Amor huérfano de amor,
pongo el pie donde lo pones
y, en dos cielos dos canciones,
vamos de iguales maneras,
del fondo de las canteras
al fondo de las prisiones.

Árbol que nace derecho,
quieren que crezca torcido
y, cada vez más erguido,
se ve en la cumbre maltrecho.
Una canción en el pecho
y una canción en la rama,
vibra, protesta, reclama,
le da la noche su manto,
el mar le ofrece su canto
y el sol lo envuelve en su llama.

Entre el amor y la ira
te asaltan noches de fiebre,
Niño Jesús, del Pesebre
hasta que en la Cruz expira.
Prosa, verso, acento y lira,
tierras y mares recorres;
alientas, vibras, socorres,
sangra tu afán en la pluma
y, entre la noche y la bruma,
alza tu ensueño sus torres.

Sin saber por qué destinos
se une la sangre en los vasos,
ayer me fui por tus pasos
y hoy vuelvo por tus caminos.
Vengo del Ajusco en pinos,
altos como tus afanes;
Mesetas y Yucatanes
me dan para que tú elijas,
Yucatán cielo en cobijas,
México cielo en volcanes.

Vengo de la Alta Meseta,
de allí donde tú has dejado,
con tu canción de soldado,
tu corazón de poeta.
Donde tu razón completa
sangra, vive, se desvive;
crece, arenga, sueña, escribe
y el Golfo con voz sonora,
te va diciendo que llora
la reina del Mar Caribe.

Gaviotas que van heridas
de las propias atalayas
y han de volver a sus playas
con las dos alas tendidas,
con alas estremecidas
vas y vienes, pues tú sabes
que en las tormentas más graves,
alas firmes o alas rotas,
es función de las gaviotas
señalar rumbo a las naves.

De México a Guatemala,
bien bajo el sol o el chubasco,
de Yucatán a Tabasco,
caminas roto de un ala.
Herida que no es de bala
sangras como un Ecce-Homo;
herida sin saber cómo,
herida que no es de hierro;
pues hiere más el destierro
que cuatro postas de plomo.

Aunque todo será en vano
y más tu recuerdo crece,
Centroamérica te ofrece
la palmera sobre el llano.
Va y viene el mar antillano,
le das al mar tu lenguaje
y aquí surco, allá oleaje,
nunca en la pena desmayas.
Por donde quiera que vayas,
será la arenga de viaje.

Con igual desasosiego
y el mismo clavo en la frente,
hicimos de un continente
nuestro camino manchego.
Tú amas la patria de Riego,
repugnas la fernandina
y, a pesar de tanta inquina,
son tan hondas las raíces,
que aún llenas de cicatrices,
se aman la palma y la encina.

Madrid, Aragón, España,
soñador y sin fortuna,
por las calles de La Luna
dialogas con Malasaria.
Si en Madrid resulta extraña
tu voz que a los cielos llega,
piensas por Lope de Vega,
por Luna y por Desengaño,
que Don Quijote fue extraño
también en tierra manchega.

Remontas el Pirineo,
vas a París. En París
Hugo ausente, un cielo gris
y una escultura: el Deseo.
Dreyfus inocente y reo
en la ergástula infernal;
Zola esgrimando el puñal
de su "Yo acuso" famoso,
y sobre el Sena brumoso,
la Luna de carnaval.

Sacas de flaquezas brío,
corres a tierras sajonas,
Marte que animas Belonas,
Argos que va en el navío.
Nieblas las almas y el río,
clamas, reclamas ayuda;
negras palomas las dudas,
aquí el rencor, allá el medro,
entre el que niega, está Pedro
y entre el que vende, está Judas.

Hasta que llega la hora
de dar por Cuba la vida;
subes a un barco en Florida,
Rubén no comprende y llora.
¡Noli me Tángere!, ahora
puedes gritar al hermano:
¡A ver quién es el cubano
que no da un paso de frente!
¡José Martí va en el puente
con la bandera en la mano!

¡Con qué placer en Playitas
pisa el terrón con los suyos;
arde la noche en cocuyos,
corre la palma a sus citas!
¡Las llanuras infinitas
tienen ojos de doncellas;
la torcaz pinta su huella
para ofrecerle camino,
y hasta en el Pico Turquino
le hace señales la estrella!

¡Martí!, oímos exclamar,
Martí, la rosa temprana;
Martí, la ceiba ya anciana,
Martí, la costa y el mar.
Martí, el viento en el palmar,
Martí, el sinsonte en reclamo;
Martí, la patria en Bayamo,
Martí, el silencio y la hoja;
Martí, el surco en tierra roja
y Martí, el Cauto en el Guamo.

Te agigantas con el grito
de la patria que libertas;
tus brazos, alas abiertas,
no caben en lo infinito.
Semejante al aerolito
que al caer se hunde en el suelo,
se estremece con tu duelo,
eres tú quien lo estremeces
y de tal manera creces,
que no cabes en tu cielo.

Al fondo el torrente clama,
trota la caballería
y los pájaros del día
revuelan de rama en rama.
Reptil que oculta su escama,
vela el fusil adversario
y un silencio funerario
va y viene, con los motivos
del Huerto de los Olivos
antes del Monte Calvario.

El río Contramaestre
lleva las aguas crecidas;
ya ve, jinete sin bridas,
rodar una estatua ecuestre.
Canta en la noche campestre
la lluvia sus cantinelas;
relumbra un bosque de espuelas,
la luna quiebra su rayo
y está la noche de mayo
cuajada de escarapelas.

Ciegos de heroicos clamores
no han visto a la madrugada
como una novia enlutada
que busca una cruz de flores.
Presagia el sol los horrores
sobre los campos de guerra;
va desde el llano a la sierra,
aquí desciende, allá sube
y se nos pierde en la nube
o se nos pierde en la tierra.

Requemando la espesura,
cruza el aire una descarga
y con una mueca amarga,
frunce el ceño la llanura.
Se alza la cabalgadura,
como buscando más bríos:
—¿En dónde estarán los míos?—
¡Y con la voz angustiada,
como en el tallo la rosa,
dobla la frente en Dos Ríos!

Hay un silencio absoluto
como de cera y de sauce;
el río llora en su cauce
y el cielo viste de luto.
Tiene una hora el minuto,
retarda el hombre su paso,
ambula del monte al raso;
ya nadie el machete esgrime,
la palma se inclina y gime
y el sol no encuentra su ocaso.

¡Ah, qué igualdad de sendero,
que hasta donde yo he dormido
tienes un busto erigido
bajo el jagüey habanero!
Igual sombra, igual lucero,
igual cruz de padeceres;
amor de muchas mujeres
y desamor de mujer,
¡sólo me faltó caer
y morir como tú mueres!

Soñando sol y palmera,
¡qué amor en todas las cosas;
qué espina en todas las rosas,
qué luz en la noche entera!
El cielo se hace bandera,
la libertad va en tu acento
y con tal convencimiento
la patria en tus venas late,
¡que antes de entrar en combate
ya estaba libre en el viento!

La patria sobre la vida
y heroica nuestra amargura,
tú sangras en la escultura,
yo sangro en la carne herida.
Herida que va escondida,
más se esconde y más nos cala;
roto el corazón y el ala,
por donde yo fui pasando,
¡también se quedó llorando
la Niña de Guatemala!

Tomado de **Norte** No. 136. Junio-julio y Agosto-septiembre.
Año XXII.

GLORIA A JOSÉ MARTÍ

PRIMITIVO HERRERA

Porque fuiste la santa rebeldía
de tu pueblo en su tránsito irredento,
hasta inmolar ante una bala impía,
como un lirio de luz, tu pensamiento.

Porque nunca falló tu profecía
ni llegaste a exclamar con desaliento
como exclamó aquel genio en la agonía:
"aré en el mar y edifiqué en el viento"...

Por eso, Paladín de la Conjura,
Cuba libre se ufana por ventura
a tu ferviente adoración sujeta.

Y en las páginas blancas de su historia,
te inmortaliza con la triple gloria
del mártir, del apóstol y el poeta...!

Tomado de **Norte** No. 136.
Julio-Septiembre año XXII.

HEREDIA Y MARTÍ

ANGEL AUGIER
(1910. CUBA)

Cuando surja un Plutarco criollo capaz de escribir las **vidas paralelas** cubanas, hallará un tema apasionante en las **existencias ejemplares de José María Heredia y José Martí**, los dos poetas que complementan entre sí la expresión lírica del sentimiento nacional. Si Heredia fue el balbuceo poético de la cubanidad en el otro de nuestra nación, el otro egregio José, también de turbulento verbo, no sólo volcó en su verso estremecido las vibraciones del alma de su patria ya en plena adultez espiritual, sino que, **Tirteo** con ímpetus de **Graco**, supo y pudo realizar lo que soñó el cantor plañidero del **Himno del desterrado**: organizar la lucha por la independencia de la Isla y regar con su sangre libertadora la tierra nativa, según reclamara aquél en su fervorosa epístola **A Emilia**:

¡Presto será que refulgente aurora
de libertad sobre su puro cielo
mire Cuba lucir! Tu amigo, Emilia,
de hierro fiero y de venganza armado,
a verte volverá, y en voz sublime
entonará de triunfo el himno bello.
Mas si en las lides enemiga fuerza
me postra ensangrentado, por lo menos
no obtendrá mi cadáver tierra extraña,
y regado en mi féretro glorioso
por el llanto de vírgenes y fuertes
me adormiré. La universal ternura
excitaré dichoso, y enlazada
mi lira de dolores, con mi espada,
coronarán mi noble sepultura.

No lo logró el arrebatado romántico que fue **Heredia**, porque murió bajo el cielo de México, en aquel destierro suyo que ocupó casi toda su vida, llenándola de sombra, de angustia y desesperanza, pero **Martí**, su hermano en la indeclinable consanguinidad histórica de la poesía y de la libertad talló el sueño herediano en viva materia de realización, con amor de artista genuino hacia la obra maestra que le clavaría en el solio de la posteridad.

Pero no es mi propósito señalar estos puntos opuestos de dos vidas encendidas por el mismo aliento y la misma agonía telúrica, sino al contrario, advertir al futuro Plutarco vernáculo sobre las circunstancias parecidas con que actúa la **influencia de México en los espíritus de Heredia y Martí**; marcando para siempre sus destinos similares la luz maravillosa de la tierra del Anáhuac.

En la biografía de los dos grandes cubanos, México constituye una etapa de impar trascendencia en todos sentidos. Allí, proscriptos, encuentran refugio en la misma época de sus existencias: a los 22 años. Heredia, nacido en 1803, se acoge a la hospitalidad de México en 1825, gracias a la generosidad del Presidente Guadalupe Victoria; Martí, nacido en 1853, catorce años después de morir Heredia, llega a la meseta mexicana, procedente de Europa, en 1875. La muerte de seres queridos les afinca más el alma a aquella noble tierra. Años antes, en 1820, Heredia, en plena adolescencia, pierde a su padre, que era Alcalde del Crimen de la Audiencia de México, aún bajo el dominio español. Dos años había estado entonces en aquel país, el que luego sería cantor del Niágara, y bajo el influjo de la pérdida de su ejemplar progenitor escribió la triste aunque serena meditación **En el teocalli de Cholula**:

Sí, que la muerte, universal señora
hiriendo al par a déspota y esclavo,
escribe la igualdad sobre la tumba.

Al llegar Martí a la ciudad de México acaban apenas de enterrar a su hermana Mariana Matilde, aquella dulce **Ana** de su predilección, que le arrancó la hermosa elegía de **Mis padres duermen...** primer poema que publicó en México:

Decidme cómo ha muerto;
decid cómo logró morir sin verme;
y —puesto que es verdad que lejos duerme—
decidme cómo estoy aquí despierto!

Pero no sólo estos cadáveres queridos han de amarrar la emoción sonora de ambos poetas a la luz diáfana de la altiplanicie. Si así la muerte abre en sus manos rosas de respectivas, **Heredia** y **Martí** tejen en torno de una blanca dolor, la vida, en cambio, también les ofrece sus claveles de amor, encendidos en amados labios. También en la misma época de sus vidas respectivas, **Heredia** y **Martí** tejen en torno de una blanca frente femenina los epitalámicos azahares. El 15 de septiembre de 1827, apenas tres meses antes de cumplir sus 24 años, **Heredia** lleva al altar a **Jacoba Yáñez**, la dulce compañera de su vida a quien, en la dedicatoria de la última edición de sus versos,

consagra fiel a la deidad que adora
las húmedas reliquias de su nave.

Cincuenta años después de este acontecimiento, en la misma capital de México, y quién sabe si en la misma iglesia, otro cubano verboso, otro poeta desterrado, **José Martí**, celebraba sus esponsales con **Carmen Zayas Bazán**. Fue en diciembre de 1877. Un mes después cumplía 25 años. Para ella fueron aquellos versos de **Carmen**:

Beso, trabajo, entre sus brazos sueño
su hogar alzado por mi mano; envidio
su fuerza a Dios, y, vivo en él, desdeño
el torpe amor de Tibulo y de Ovidio.

Si en México **Heredia** se revela como periodista, iniciándose así en una de las actividades fundamentales de su vida literaria, y en diarios y revistas traza comentarios sobre la actualidad artística y bibliográfica, **Martí** en México también comienza a hacer periodismo activo, y a juzgar la producción de los autores mexicanos de medio siglo después que **Heredia**, y la actuación de los artistas teatrales de su tiempo; y ya sabemos cuánto significó la actividad periodística en la vida del Apóstol.

En 1827, en el Teatro Principal de México, se llevó a la escena la tragedia **Tiberio**, imitación del francés Chenier. Su autor era un escritor cubano: **José**

María Heredia. Aquel estreno, que no fue el primero del novel autor, tuvo notable éxito, si no mienten las crónicas. Muchos años después, en el mismo escenario se representó un ligero y simpático proverbio con el título de **Amor con amor se paga**, que mereció muchos aplausos. Cuando el público pidió que saliera el autor, apareció entre los actores un joven de pequeña estatura que saludaba emocionado por aquel su primer éxito teatral. Era otro escritor cubano: **José Martí.** Finalizaba el año de 1875.

El dolor, y el amor, en sus manifestaciones más altas, significó México para **Heredia** y para **Martí.** Y el concepto de la carrera literaria, y la formación intelectual plena, y la profesión de la pluma en esa especie de droga inefable y aniquiladora del periodismo, y la hermosa vanidad del éxito como autores teatrales, y la alegre camaradería de la gente bohemia de la farándula, nómadas del arte; y los años maravillosos de la juventud, abiertos en sueños de belleza, florecidos de las mejores ilusiones de la vida. Eso fue México para estas vidas trémulas que tanto gravitan sobre el destino cubano.

Nada menos que eso... pero algo más que eso. Aquello hubiera proporcionado sólo, como así ha sido, muy trascendentes elementos para la biografía anecdótica de dos vidas paralelas que consumieron lo mejor de su espíritu en el afán de lograr esa cosa sencilla y grandiosa que es una patria libre, para sus hermanos de sol y de azul de la oprimida isla antillana en que vieron la luz primera —la única luz. Pero hay algo más.

Tanto **Heredia** como **Martí**, hombres desterrados por amar demasiado a la libertad, por haberse abrazado al ideal de la democracia frente al autoritarismo colonial español, se fundieron hondamente a los anhelos y a los ideales del pueblo mexicano, forjados en el heroísmo y el martirio de Hidalgo, Morelos y Juárez. Porque fueron fieles al espíritu de lucha por la democracia del pueblo que los asiló amoroso, sufrió persecución y dolor.

Cuando **Heredia** en sus artículos periodísticos, y en sus discursos en el Congreso, y en Cuernavaca y en Toluca defiende los principios básicos de la Constitu-

ción Mexicana y a los hombres que por ella habían luchado y luchaban en todas las formas de la gestión política, estaba defendiendo también los ideales más queridos de nuestro pueblo y de los pueblos libres de América. Cuando **Martí** en sus viriles **Boletines de la Revista Universal** defiende el gobierno constitucional de Lerdo de Tejada y su limpia ejecutoria democrática, lo hace con el mismo sentido de identificación con el alma popular mexicana; como él dijo entonces respondiendo a la imputación del adversario de la reacción, no podía él ser extranjero en México si luchaba y vivía por los mismos ideales de los fundadores de la República Mexicana, y amaba a aquella tierra como si fuera la propia. Por ese amor, **Heredia** renunció a su acta de Diputado, y transigió con muchas humillaciones, hasta su muerte. Por ese amor, cuando las fuerzas enemigas de la libertad eclipsan temporalmente la democracia en México, Martí abandona aquel suelo querido que ya no olvidará más, y al que no vuelve sino en visita fugaz de agitador de la revolución cubana, en los últimos meses de su vida, ya en los umbrales de la muerte, como si hubiera querido despedirse de aquella luz magnífica y de aquella "zona más transparente del aire".

Eso, más que nada, es México para el alma cubana: devoción entrañable en la vida y en la obra de dos de los hombres más representativos de su cultura y de su historia. Ellos amaron a México porque aquel pueblo siempre abrió su corazón a los dolores y a las esperanzas del pueblo cubano, que en ellos alentaba por manera singular, y porque no hay diferencia sustancial entre los anhelos y las angustias de nuestros pueblos hermanos. Por eso **los espíritus de Heredia y Martí siempre están presentes en nuestros pensamientos hacia México**, como si el fervor mexicano de ellos, fundadores del alma nacional cubana, retoñara con fuerzas renovadas en el corazón de cada hijo de esta ardiente Antilla "presa en el arco del Trópico".

Tomado de **Norte** No. 136. Junio-julio y Agosto-septiembre. Año XXII.

MÉXICO EN MARTÍ

RAÚL GÓMEZ TRETO

José Martí, apóstol de la Independencia de Cuba y Héroe Nacional del pueblo cubano, por sus tempranas ideas liberales sufrió, en Cuba, cárcel, trabajos forzados y poco después, aún muy joven, destierro que le forzó a peregrinar por varios países de Europa y América. Uno de estos países, que visitó más de una vez, fue México. Mas si todos los países por los que peregrinó dejaron huella imborrable en su espíritu y contribuyeron, de un modo u otro, a definir y radicalizar su ideario y acción política, México tuvo una particular significación.

Joven aún durante ese destierro, Martí se entusiasma con el "krausismo" de los españoles con la más ingenua que tierna ilusión de que una República liberal en España tendría que reconocer el inalienable derecho de los cubanos que ya combatían por su independencia a constituirse en República Independiente. Allí en la metrópoli, predicó su justa causa confiado en que el evangelio krausista trascendiera a las últimas colonias de ultramar de aquel ya decaído imperio; usó a Kraus para expresar sus propias ideas y hacerlas entender mejor allá, según confiesa en anotaciones privadas. Grande fue, sin embargo, su decepción al descubrir que los liberales españoles lo eran sólo para sí pero no para los demás. Su defraudación, tristeza y encono lo expresa en su definitorio ensayo sobre **La República española ante la Revolución cubana**, publicado en la misma capital de la metrópoli.

Pero mucho más firmemente deja constancia Martí de su medular liberalismo y circunstancial decepción cuando, imposibilitado de regresar a su patria por la impuesta deportación, abandonó España y antes de buscar refugio en la Francia ilustrada y luminosa –que visita– u otro país de Europa o América liberada, viene a alimentar su fe en México, en el México heroico de Benito Juárez –ya heredado por Lerdo de Tejada– que supo derrotar imperios.

A todo lo largo de su corta vida, ofrendada por la libertad de su patria, Martí hace referencias explícitas a México, su paisaje, a su pueblo, a su gente y personalidades, a sus entrañables amigos; menciones que no cesan hasta, prácticamente, la víspera de su muerte.

Pero no son solamente estas expresiones directas las que demuestran la presencia mexicana en el sentir y recordar del cubano insigne. Cala más profundamente en su alma el liberalismo mexicano que lo rescata de su decepción del de los españoles y que lo reafirma en su ideal de libertad e independencia, no solamente para su patria "que sufre" ni a la isla hermana del Caribe, cuya liberación incluyó en sus planes siempre; sino a la América Latina toda, a esa "patria grande" que él denominó **Nuestra América**. América nuestra, mestiza y mulata en la que presintió que México

era y sería siempre bastión de libertad, desarrollo y progreso por el temple de su pueblo.

En carta escrita a Juan Francisco del Río desde Nueva York, el 28 de abril de 1880, Martí se refiere a:

...esa campaña de amor de que en México (...) tan buenos resultados espero. Porque viví en esa tierra y fui en ella tan amado como soy para ella amante...

Ya de vuelta a Cuba, amnistiado, pronuncia su oración en memoria de Alfredo Torroella, el 28 de febrero de 1879, en el Liceo de Guanabacoa y pensando en México, donde intimó con el poeta, expresa:

¡Sea con respeto y vivísimo amor oído tu nombre, tierra amiga! ¡Sepulcro de Heredia! ¡Inspiración de Zenea! ¡Tumba de Betancourt! ¡Abrigo fraternal y generoso, prepara tus montañas, viste el valle de fiesta, de la lira a los bardos, borda el río de flores, ciñe de lirios la cresta del torrente, calienta bien los hielos de las cumbres!... ¡Te ama Cuba! ...¡Y entre pueblos hermanos, todas las flores deben abrirse al día del abrazo primero del amor!... ¡Tu rica Veracruz nos dio sustento, labores San Andrés, aplausos México! ¡Tu pan no nos fue amargo (¿alusión a España?), tu mirada no nos causó ofensa (¿ídem?)! ¡Bajo tu manto me amparé del frío! (¿Frío de la patria crucificada?)... ¡Gracias, México noble, en nombre de los ancianos que en ti duermen, en nombre de los que en ti duermen, en nombre de los del pan que nos diste, y con el amor de un pueblo te es pagado!

En el artículo publicado en julio de 1888, en **El economista Americano**, de Nueva York, bajo el título **Heredia**, expresó:

Lo llama México, que siempre tuvo corazones de oro, y brazos sin espinas, donde se ampara sin miedo el extranjero.

Y en carta a Miguel Tedin, desde Nueva York también, el 17 de octubre de 1889, le dice:

...a propósito de México, que ya ve que es tierra potente y hermosa.

El que a la llegada del "porfirismo" le indujera –siguiendo consejos amigos– salirse de México y buscar refugio de desterrado y apoyo ideológico en la liberal Guatemala de García Granados, no empaña en Martí su amor al México que lo acogiera con tanto amor. Desde Guatemala misma como desde Venezuela y Estados Unidos más tarde, tiene constantes referencias a aquel México de su cariño. Dice en una ocasión: "Una rival tiene la luna guatemalteca: la de México".

Y frente a la irritante subvaloración de México y demás países de Nuestra América que escucha en los Estados Unidos, escribe en el **Harper's Monthly** de Nueva York, el 22 de octubre de 1887, y publica en **La Nación** de Buenos Aires, el 4 de diciembre de 1887:

¿Qué ha sido en México la civilización contemporánea sino la heroica pelea de unos cuantos ungidos contra los millones inertes, contra los privilegiados capaces de ampararse en la traición y de vender al extranjero su república? ¿Qué civilización heredó México, heredó toda nuestra América, cuando ya tenía brío propio para declararse libre? Más han hecho nuestras tierras en subir a donde están, que los Estados Unidos en mantenerse, decayendo tal vez en lo esencial, de la maravilla de donde vinieron.

Por eso entre sus múltiples referencias a Hidalgo y Morelos y demás fundadores del México libre, en su discurso en honor del poeta cubano José María Heredia –quien cantara al Teocalli de Cholula– pronunciado en el Hardman Hall de Nueva York, el 30 de noviembre de 1889, dice:

Vivió (Heredia) luego en México, y oyó contar de una cabeza de cura, que daba luz de noche, en la picota donde el español la había clavado. ¡Sol!... salió de aquella alma, sol devastador y magnífico, de aquel troquel de diamante!

Y de don Benito Juárez, escribe en mayo de 1884 en **La América** de Nueva York:

Ese nombre resplandece, como si fuera de acero bruñido; y así fue en verdad, porque el gran indio que lo llevó era de acero, y el tiempo se lo bruñe. Las grandes personalidades, luego que desaparecen de la vida, se van acentuando y condensando. (...) A Juárez, a quien odiaron tanto en vida, apenas habría ahora, si volviese a vivir quien no le besase la mano agradecido. Otros hombres famosos, todos palabra y hoja, se evaporan. Quedan los hombres de acto; y sobre todo los de acto de amor. El acto es la dignidad de la grandeza. Juárez rompió con el pecho las olas pujantes que echaban encima de la América todo un continente; y se rompieron las olas, y no se movió Juárez. Dos hábiles escultores mexicanos lo han representado tendido sobre un túmulo (como los reyes europeos)... pero él no está bien así; sino en estatua de color de roca, y como roca sentada, con la mirada impávida en el mar terrible, con la cabeza fuerte bien encajada entre los hombros; y con las dos palmas apretadas sobre las rodillas, como quien resiste y está allí de guardián impenetrable de la América.

Piensa, según dijo en el discurso en honor de Heredia, que:

México (es), templo inmenso edificado por la naturaleza para que en lo alto de sus peldaños de montañas se consumase, como antes en sus teocalis los sacrificios, la justicia final y terrible de la independencia de América.

En el propio discurso considera que:

México empieza la ascensión más cruenta y valerosa que, por entre ruinas de iglesias y con una raza inerte a la espalda ha rematado pueblo alguno: sin guía y sin enseñanza, ni más tutor que el genio del país, iba México camino a las alturas, marcando con una batalla cada jalón ¡y cada jalón, más alto!

Por esa admiración con que lo deja México arrobado, sueña con que ese querido pueblo apoye la redención por la que luchan los cubanos, y quizás avizora la historia futura cuando la escribe desde Nueva York, el 3 de mayo de 1894, a Rodolfo Méndez, reclamándole:

...dar impulso bastante a la guerra de independencia de Cuba que confirmará –porque sin la de Cuba no se confirma– la independencia de México, sorda y continuamente amenazada.

Y en su carta inconclusa a don Manuel Mercado, escrita desde el campamento de Dos Ríos, en Cuba, la víspera de su muerte en combate, expresa:

Y México, ¿no hallará modo sagaz, efectivo e inmediato, de auxiliar, a tiempo, a quien lo defiende? Sí, lo hallará –o yo se lo hallaré–. Esto es muerte o vida, y no cabe error. El modo directo es lo único que se ha de ver. Ya yo lo habría hallado y propuesto. Pero ha de tener más autoridad en mí, o de saber quién la tiene, antes de obrar y aconsejar.

Hechos posteriores, recientes aún, han mostrado la solidaridad incomparable de México con Cuba. El maestro no erró al confiar en los mexicanos.

En la preparación de la "Guerra necesaria" que él mismo convocaría para Cuba en 1895, y ante la desesperanza de algunos, México, sus prohombres, su pueblo y su historia –tan interiorizada en el conocimiento y el cariño de Martí– le sirve de ejemplo y estímulo que proponer cuando, en la conmemoración del inicio de las guerras independentistas cubanas, el 10 de octubre de 1868, pronuncia su discurso de 1890 en el Hardman Hall de Nueva York y dice a los cubanos:

Para consolarnos (no) tenemos más que mirar al pueblo amigo de México, que es el que nos queda más cerca, donde anduvo de fuga el indio Juárez, con unos treinta locos, que llamaron luego "inmaculados", de fuga por los montes, con un imperio a la espalda y una república rapaz al frente, una república que le ofrecía su ayuda en cambio de una concesión ignominiosa; y la nación del indio fugitivo (...) es ya cortejada, como sagaz y como libre, como intelectual y como industrial, por los pueblos poderosos de la tierra, la nación híbrida, la nación de un millón de blancos y siete millones de indios, ¡levanten el ánimo los que lo tengan cobarde!: con treinta hombres se puede hacer un pueblo.

Releyendo esta arenga, los cubanos de hoy no podemos dejar de recordar que en 1956, los jóvenes cubanos de la **Generación del centenario** del nacimiento de Martí, cuando parecía que había muerto, reanudaron la lucha, inspirados en él, por la segunda y definitiva independencia de Cuba, no con 30 hombres, sino con 12, derrotaron, arrastrando tras sí a todo un pueblo, a la dictadura sangrienta y corrupta que, apoyada por la misma "república rapaz" (ya convertida en imperio), lo esquilma y oprimía.

Su pensamiento y acción libertadores, apuntalados en México y reforzados en Guatemala y Venezuela, pero definidos en el "monstruo" en que vivió y al que tan anticipadamente le conoció las entrañas, no se limitó a Cuba ni a la relación históricamente necesaria de los cubanos con los pueblos hermanos, sino al papel que cada uno debíamos –y debemos– jugar en Nuestra América, "patria grande" –como la llamó Bolívar– de los latinoamericanos. Es así que al reportar las sesiones del Congreso Internacional de Washington, en 1889, para diversos órganos de prensa del continente, no ocultó sus temores ante la prepotencia del "Norte revuelto y brutal" frente a las nuevas repúblicas del sur del Río Bravo. En su artículo del 2 de noviembre de ese año, publicado en **La Nación** de Buenos Aires, el 19 de diciembre, expresa:

Lo primero en política, es aclarar y prever. Sólo una respuesta unánime y viril, para la que todavía hay tiempo sin riesgo, puede liberrar de una vez a los pueblos españoles de América de la inquietud y perturbación, fatales en su hora de desarrollo, en que las tendrá sin cesar, con la complicidad posible de las repúblicas venales o débiles, la política secular y confesa de predominio de un vecino prepotente y ambicioso, que no los ha querido fomentar jamás, ni se ha dirigido a ellos sino para impedir su extensión, como en Panamá, o apoderarse de su territorio, como en México, Nicaragua, Santo Domingo, Haití y Cuba, (...) o para obligarlos, como ahora, a comprar lo que no puede vender, y confederarse para su dominio.

(Cabe preguntarse si esto, literalmente, no podríamos enunciarlo hoy día nosotros mismos...).

En ese contexto regional de la América nuestra, la suerte de un pueblo es la de todos. Así lo concibe Martí en su artículo **El Tratado Comercial entre los Estados Unidos y México**, publicado en **La América**, de Nueva York, en 1883, y reproducido en **La Nación** de Buenos Aires, al menos en su contenido si no en la forma, el 1º. de abril del propio año:

No ha habido en los últimos años –si se descuenta de ellos el problema reciente que trae a debate la apertura del istmo de Panamá– acontecimiento de gravedad para los pueblos de nuestra América Latina que el tratado comercial que se proyecta entre los Estados Unidos y México. No concierne sólo a México. (...) El tratado concierne a todos los pueblos de América Latina que comercian con los Estados Unidos. No es el tratado en sí lo que atrae a tal grado la atención; es lo que viene tras él.

En **El Economista Americano**, de Nueva York, en 1888, dedica estampas, entre las de próceres latinoamericanos, a amigos tan queridos como Juan José Baz, «un mexicano ilustre», a Juan de Dios Peza, con quien se remonta en el recuerdo a los años juveniles de las tertulias de la **Revista Universal** en que se dio a conocer y querer por los mexicanos; a Ignacio Altamirano, desde **Patria**, y a quien llama «un mexicano de raza india» (que) nos amó y nos proclamó (a los cubanos).

En **La Nación**, de Buenos Aires, el 25 de agosto de 1885, todavía a 10 años de su pronta muerte, insiste Martí en señalar a México como ejemplo y estímulo de la lucha libertadora:

Quien dude de nuestras tierras, para redimirse, para trabajar sus minas, para mejorar sus ciencias, para crear su arte, para crecer de sus mismos infortunios, para mantener la más difícil diplomacia, mire a México.

Muestra más íntima de sus afectos son sus versos al español Enrique Guasp, a su Rosario de la Peña, al cubano Nicolás Domínguez Cowan; y las epístolas a los dos últimos; así como sus notas contentivas de sus impresiones cuando se trepó desde Veracruz a México



por primera vez en 1875 en que se pregunta: "¿Y los dueños de esta tierra, la dejarán morir, decaer (caer en manos extrañas)?"

Más maduro, se responde desde **Patria**, en Nueva York, el 14 de julio de 1894, en artículo que titula: **El día de Juárez:**

México no yerra; y se afirma y agrega, mientras se encone y descompone el vecino del Norte.

Con tanta constancia de la permanente presencia de México en el alma y la mente de este cubano tierno de corazón y fuerte de espíritu, a sus compatriotas y amigos de hoy nos asalta la pregunta de que si cuando redactaba los estatutos del Partido Revolucionario Cubano, para la liberación tanto de Cuba como de Puerto Rico, últimos vestigios españoles en América, no estaría latiendo en sus sienes la bien ganada libertad de los mexicanos, a la vez que el esfuerzo por garantizarla desde el Caribe. Mas hablar del Partido, como de Nuestra América, amerita otra ocasión.

Tomado de **Martí en México**. (Editorial Pablo de la Torriente. La Habana. 1991).

MARTÍ

NICOLÁS GUILLÉN
(1902-89. CUBA)

¡Ah, no penséis que su voz
es un suspiro. Que tiene
manos de sombra, y que es
su mirada lenta gota
lunar temblando de frío
sobre una rosa.
Su voz
abre la piedra, y sus manos
parten el hierro. Sus ojos
llegan ardiendo a los bosques
nocturnos; los negros bosques.

Tocadle: veréis que os quema.
Dadle la mano: veréis
su mano abierta en que cabe
Cuba como un fugitivo
tomeguín de alas mojadas
por la tormenta. Miradlo:
veréis que su luz os ciega.
Pero seguidlo en la noche:
¡oh, por qué claros caminos
su luz en la noche os lleva!

De **Obra póstica** 1920-1958. Instituto Cubano del Libro. La Habana, Cuba, 1972.

**DISCURSO DE JOSÉ MANUEL CARBONELL,
PRONUNCIADO EL 24 DE FEBRERO DE 1953,
EN SESIÓN SOLEMNE, PARA
CONMEMORAR EL CENTENARIO NATAL DE
JOSÉ MARTÍ Y EL ANIVERSARIO DE LA
REVOLUCIÓN DE 1895**

Señoras y Señores:

Alejado desde hace años de la vida pública por dolores íntimos que en vano puede redimir el tiempo; escéptico en la búsqueda, tantas veces infructuosamente renovada, de la patria que llevé desde la adolescencia en el pensamiento y en el corazón, más ajustado, acaso, a figurines utópicos, que a principios realistas, infiero que quienes me han impuesto por inspiración generosa de mi brillante amigo y colega Carlos Bustamante y Sánchez, la honorífica encomienda de interpretar el sentir del **Consejo Consultivo en el Centenario natal del primero de todos los cubanos**, han tenido sólo en cuenta la circunstancia de haber hecho yo, niño todavía, mi primera aparición en la tribuna del **Liceo Cubano de Tampa**, misma que ocupara Martí en la velada del Club Ignacio Agramonte, la noche del veintiséis de noviembre de 1891. Obediente a tal creencia; convencido de que no debo rehuir el último ensayo por la exaltación de las virtudes cubanas, presentando a la emulación al que yo pude apreciar en modelo vivo, abandono el voluntario retraimiento; no para saludar con loas hiperbólicas el advenimiento del Redentor; no para enfocar al tribuno, al escritor o al poeta, sobre el que las prensas americanas han volcado montañas de papel, sino para estructurar, como si empapara la palabra con pinceles impresionistas, al **José Martí** clavado en mi recuerdo, que vi y oí en la charla de sobremesa primero, y en la tribuna después, fascinante, tierno, generoso y todo lleno de Cuba.

Eran días aquellos de afanoso bregar, de vida sin tregua. **Diez años había luchado mi padre con las armas en la mano por la redención de Cuba.**

El exilio en los Estados Unidos reparaba un tanto las heridas físicas y morales que la feroz contienda había dejado en su cuerpo y en su espíritu como condecoraciones de gloria. El soldado de las Tunas, de Atollaosa y Santa Teresa era ahora maestro y preparaba ciudadanos; periodista, y señalaba vías; apóstol, y soñaba con encender la nueva guerra, cuyas vicisitudes añoraba, no para adormecer las energías con el manzanillo del pesimismo; sino para reiterar la necesidad del sacrificio. Presidía en Tampa el Club revolucionario **Ignacio Agramonte**. Eran él, y Ramón Rivero y Rivero, de brillante acción, los dirigentes que avivaban la fe de los tam-

peños desterrados. El Club preparaba una velada, en apariencia literaria, pero en realidad, de alta trascendencia política. Para tomar parte en ella, mi padre, por conducto de Enrique Trujillo, director de **El porvenir**, de Nueva York, invitó a Martí. Ignoraba a la sazón el distanciamiento que por circunstancias que no son del caso relatar, se había producido en la férvida amistad de Martí con Trujillo. Éste, no obstante ese distanciamiento, hizo llegar a su destinatario la carta en cuestión, por conducto de Gonzalo de Quesada, y a presencia de Isaac Carrillo y O'Farril. En las líneas con que la acompañaba, **Trujillo le decía a Martí:**

Sentiré mucho que mi intervención le sea enojosa, pero cumplo con un deber patriótico.

Martí contestó directamente a mi padre por telégrafo:

Acepto jubilosísimo el convite.

Y por carta le confirmó que aceptaba la invitación porque sufría del afán de ver reunidos a sus compatriotas. Y agregaba:

La oportunidad magnífica de vernos, de hablarlos, de poner juntos los corazones, no debemos desaprovecharla. Hay que crear.

¡Con qué honda emoción evoco la madrugada del 25 de noviembre de 1891, en que mis once años, estremecidos de alegría, vieron llegar como en sueños a la estación del Ibor City, bajo la incesante lluvia, a **José Martí!** Al descender del tren, fue la de mi padre la primera mano que estrechó. Del encuentro diría luego que le dio la mano, como si le hubiera dado el alma, un amigo nuevo y ya inolvidable, que descansó junto al arroyo al lado de Gutiérrez, que oyó a **Joaquín Palma** en las veladas de la selva, que montó a caballo al lado de Castillo. Llevado en manifestación, entre salvas y hurras, a la casa del Liceo, departió con los presentes, y antes de retirarse a descansar dijo sentirse feliz entre los guerreros de ayer y los reclutas de

mañana. **Martí** fue hospedado en el Cherokee Club, donde le acompañaron Félix Sánchez Iznaga y **Eligio Carbonell**. A la mañana siguiente, almorzó en mi casa. Sentí y gocé de cerca su intimidad. De sobremesa, oyó de boca del anfitrión patriarca, cuentos y episodios trágicos o cómicos de la guerra larga; las arengas y **poesías de los paladines y aedos del 68**. Comentaba, indagaba. Y sacudido en más de una ocasión por la anécdota; exaltaba su fe patriótica por el discurso, por la estrofa o por la carta reafirmadora del **ideal separatista**, le dijo a mi padre:

No se le ocurra a usted caer en la tumba sin antes recoger en un libro ese **polvo de oro de nuestros héroes**.

Para todos los que se le acercaron, tuvo palabras empapadas en los ríos anchos y caudalosos de su corazón. Y muy especialmente para mi progenitor, a quien recordará luego en **Patria**:

como un padre del pueblo, que en la casa de su trabajo, donde vive feliz, sueña en convocar a los cubanos del mundo, y los convoca primero a congregarse en una sola casa, y lo recordará en aquellas sobremesas de amigos, con la buena compañera de auditorio y los hijos que escuchan febriles los cuentos del padre.

Seducía oírlo. Recuerdo que todavía de sobremesa, llegó a la casa un bravo combatiente del 68, **Ramón Rubiera**; sin recordar el por qué, comentó con actitud el pesimismo de Manuel Sanguily: Martí alzó la cabeza, le clavó la mirada enérgica y dulce a un tiempo mismo, y replicó: "**Sanguily siempre sigue la Estrella**".

Con la doble devoción hacia el hombre de carne y hueso que había tenido tan de cerca en mi hogar, asistí por la noche a la fiesta organizada por el Club **Ignacio Agramonte**. Abrió el acto mi padre, que lo presidía. Habló Ramón Rivero y Rivero, para presentarlo. Hubo después números de música, recitaciones de versos y discursos interpretados por los hijos y

alumnos del Presidente invitante. Esa noche rompí yo mi primera lanza por la libertad de mi patria. Y luego **habló Martí**. Una ovación saludó su presencia en la tribuna. Fosforescentes las pupilas, dominaba con el gesto, antes de que la palabra, por el tono y el contenido, electrizaba al auditorio. Por Cuba y para Cuba fue su discurso. Y por sus labios, Cuba dejó oír sus angustias de esclava martirizada. Aún escucho su voz, mezcla de lamento y rugido, aún creo ver su brazo tendido a la altura del tórax, abierta la mano, o cerrado el puño, con los que parecía ir embridando las palabras, suaves al comienzo, rápidas, restallantes, hasta culminar arrebatado el período en una verdadera apoteosis. Era su voz un himno nuevo. Rompiendo con la preceptiva, entró en materia saltando el obligado pórtico del exordio:

Para Cuba que sufre, la primera palabra. De altar se ha de tomar a Cuba para ofrendarle nuestra vida, y no de pedestal para levantarnos sobre ella.

Y después de evocado su amadísimo nombre, derramó la ternura de su alma sobre los que acudían presurosos a darle fuerzas para la agonía de la edificación. Y remató el párrafo con un:

Yo abrazo a todos los que saben amar. **Yo traigo la estrella y traigo la paloma en mi corazón.**

Deslumbró su maravillosa elocuencia. El secreto de su fuerza radicaba en la exaltación de los que saben amar. Dijo cosas hondas en lenguaje llano:

Ni el que viene se afeará jamás con la lisonja, ni es este noble pueblo que lo recibe, **pueblo de gente servil y llevadiza.**

Apuntaba al porvenir, que tantas y tan dolorosas sacudidas nos reservaba, por no clavar a tiempo como banderola de ignominia, la lengua del adulator. Penetrando el futuro, prosiguió:

Yo quiero que la primera ley de la República sea la del **culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre.**

Éste, el del respeto a la opinión franca y libre, lo enfocó como un bien fundamental que de todos los demás fuese base y principio, y sin el que los demás bienes serían falaces e inseguros. Proclamó la necesidad de:

cerrarle el paso a la República que no venga preparada por medios dignos del decoro del hombre, para el bien y la prosperidad de todos los cubanos.

La emoción transfiguraba al auditorio. **Los viejos legionarios, oyéndolo, renovaban en silencio el juramento de vencer o morir.** La juventud enardecida modulaba y sollozaba los **decásilabos sonoros de "Perucho" Figueredo:**

No temáis una muerte gloriosa
que morir por la patria es vivir.

A los ojos de muchos asomaban lágrimas. Los vivos se sucedían en cerradas ovaciones. Martí pasaba de la sentencia definidora de pueblos, a la imagen precisa, deslumbrante, que ora remedaba la isla encadenada, ora la **caravana de los héroes, concitando a la epopeya.** Tocó en la composición heterogénea del país. Confió en las dos razas que la integran. Exaltó al negro generoso,

al hermano negro que en los cubanos que murieron por él ha perdonado para siempre a los cubanos que todavía lo maltratan.

Y al evocar la guerra indispensable, encomió las características del **español,**

que ama la libertad como la amamos nosotros y busca como nosotros una patria en la justicia, superior al apego a una patria incapaz e injusta.

–Aludió al **español**– que padece junto a su mujer cubana, del desamparo irremediable y el mísero porvenir de los hijos que le nacieron con el estigma de hambre y persecución, con el decreto de destierro en su propia tierra, **con la sentencia de muerte en vida con que vienen al mundo los cubanos**. –Y no olvidó al decir esto– que si **los españoles** son los que nos sentencian a muerte, **españoles** son los que nos han dado la vida.

Y pasó a examinar los factores de **la colonia**, para rehuir los errores y ambiciones que minaron la década imperecedera, fomentando la sima del Zanjón. Declaró no buscar en el nuevo sacrificio meras formas,

ni la perpetuación del alma colonial en nuestra vida, con novedades de uniforme yanqui; sino la esencia y realidad de un país republicano nuestro, donde fuera verdad el empleo honrado de todas las voluntades.

Ni vería él esa bandera con cariño, proclamó, señalando la de la estrella sola que engalanaba el escenario, hecho como está a saber que lo más santo se toma como instrumento del interés por los triunfadores audaces del mundo, si no creyera que en sus pliegues ha de venir la libertad entera, cuando el reconocimiento cordial del decoro de cada cubano, y de los modos equitativos de ajustar los conflictos de sus intereses, quite razón a aquellos consejeros de métodos confusos que sólo tienen de terribles lo que tiene de terca la pasión que se niega a reconocer cuanto hay en sus demandas de equitativo y justiciero. Previno contra los corifeos que pretextando los excesos a que tiene derecho la ignorancia,

y que no puede acusar quien no ponga todos los medios de hacer cesar la ignorancia, para negarse a acatar lo que hay de dolor de hombre y de agonía sagrada en las exageraciones; que es más cómodo excomulgar de toga y de birrete, que estudiar lloroso el corazón con el dolor humano

hasta los codos. (...) En el presidio de la vida es necesario poner para que aprendan justicia a los jueces de la vida. El que juzgue de todo, que lo conozca todo. No juzgue de prisa el de arriba, ni por un lado; no juzgue el de abajo por un lado ni de prisa. No censure el celoso el bienestar que envidie en secreto, ni desconozca el pudiente el poema conmovedor y el martirio cruento del que se tiene que cavar el pan que come, el pan que Dios no da y que los hombres suelen negar. Valiera más, añadió; que no se desplegara esa bandera de su mástil, si no hubiera de amparar por igual todas las cabezas.

¡Como en la res el carnicero, con la camisa al codo, entró a analizar la suerte de la patria, donde el dueño corrompido pudre cuanto mira, crea el vicio y proscriba la virtud!

Acá, donde vigilamos los ausentes, donde reponemos la casa que se nos cae encima, donde creamos lo que ha de reemplazar a lo que allá se nos destruye, a la patria que allí se cae a pedazos y se ha quedado ciega de la podre, hay que llevar la patria previsora y piadosa que aquí se levanta.

La prédica y la fe de Martí en esa noche de resurrección cautivó a los emigrados, prisioneros, desde el primer momento, del mago de la estrella y la paloma en su corazón.

Y ya ellos sólo ven un águila que sube, y un sol que va naciendo y un ejército que avanza... "¡Qué sabe el que agoniza en la noche del que lo espera con los brazos abiertos, en la aurora!" **Cuba, desolada, vuelve a nosotros los ojos**, clamó con voz aterradora. "Afuera tenemos el amor en el corazón, los ojos en la costa, **la mano en la América y el arma al cinto**". En su oración de Tampa **Por Cuba y para Cuba**, echaba Martí en surcos fecundos, las primeras semillas del **Partido Revolucionario Cubano**, que **finalmente habría de libertar a Cuba**. Comenzaba a ordenar la guerra, y ya en su fe, que fue su arma de victoria, veía el caballo ensillado esperando al jinete que lo había de

montar. Yo tuve crédito generoso y estimulador entre los emigrados de remendar la voz de Martí y de imitar sus actitudes tribunicias. De la mayoría de sus arengas pronunciadas en Tampa en sociedades y fábricas de tabacos, yo recogía en la memoria algunos de sus párrafos. Y esta noche me parece que lo estoy viendo y oyendo, magnífico, arrebatado, como en un Sinaí relampagueante, cuando próximo a terminar su luminosa oración, se irguió ante sus compatriotas para conminarlos a reanudar el combate entre la tiranía en pleno ocaso, representada por el león de Castilla, y la **libertad simbolizada por la estrella solitaria y gloriosa emergiendo como una aurora del pecho ensangrentado de Cuba.**

Ahora a formar filas –dijo–. Con esperar allá en lo hondo del alma no se fundan pueblos. Delante de mí, vuelvo a ver los pabellones dando órdenes, y me parece que el mar que de allá viene cargado de esperanza y de dolor, rompe la valla de la tierra ajena en que vivimos, y revienta contra esas puertas sus olas alborotadas.

Como él hablaba, es muy difícil que nadie pueda hablar, aun cuando las circunstancias fueran las mismas. Era Cuba, cargada de cruces y esgrimiendo la lanza de sus irrefrenables rebeldías, la inspiradora de sus evangelios.

Al aparecer en la tribuna, no podía suponer quien no lo conociera que iba a vibrar, a su conjuro, como bajo el influjo de una dínamo eléctrica. Regularmente comenzaba a exponer con voz semivelada, pero gradualmente en crescendo, hacia cabalgar su pensamiento en **símbolos y metáforas que surgían visiones heroicas** al par que calofríos y deslumbramientos.

Los que no lo oyeran podrán compararlo. Los que **como yo lo escucharon hablar de Cuba encadenada**, pensarán siempre que fue único por la forma y por el fondo, por el ademán con que acompañaba la palabra, que unas veces remedaba a la tempestad horrisona entre cumbres o mares y otras el susurro de la abeja merodeando entre las flores.

La impresión que me produjo el **Maestro** no se ha borrado de mi recuerdo. Era de mediana estatura, de ojos glaucos y penetrantes; la frente amplia como un cielo, el bigote espeso, y el cabello escaso, negro como azabache; elegante sin remilgos ni afeites, sugestiva y simpática fisonomía, y un algo extraño, en su persona que atraía y fascinaba.

No faltaba la filosofía del humor en aquel forjador de pueblos. Lo vi reír en mi casa, oyendo los versos de Antenor Lescano, poeta laureado de la manigua, en torno a una caricatura hiriente del semanario satírico **Moro muza**, contra la Constituyente de Guáimaro. Lo vi gozar las humoradas de Luis Victoriano Betancourt y las ocurrencias de Apolonio Savio y las gallardías epigramáticas de Chicho Valdés. Todo en él era espontáneo: la sonrisa y el treno. Desdeñaba lo bataneado y lo lamido. Prefería lo defectuoso, dentro de lo improvisado, para expresar al pueblo lineamientos políticos, antes que lo impecable, frío y artificiosamente estructurado. Pensaba que **a los pueblos se les debe hablar el lenguaje de la sinceridad, que fluye naturalmente**: no el período rematado a fuerza de fuelle. Si en alma como la suya cupo el desdén, fue para los narcisos de la elocuencia inútil. Él oyó en los talleres de Tampa y Cayo Hueso, salir de labios humildes conceptos hermosos, verdades aprendidas en las durezas de la vida cotidiana, unción y profecía.

En la **fábrica de Lozano Pendás**, correspondiendo a una invitación de **trescientos tabaqueros españoles**, adujo, sutilmente, cómo **los malos gobiernos obligaban a sus mejores hijos a desterrarse y fomentar riquezas en tierras extrañas**. No eran sólo los cubanos los que padecían bajo la dominación española. Recordó que a los diecisiete años, en el presidio de La Habana, fueron manos trabajadoras, las de un **guardia civil asturiano, las que aliviaron sus heridas**. Un anciano se pone en pie y avanza hacia la tribuna. Era el **guardia civil**. Conmovedora y patética escena, que glosó en el curso de su improvisación fulgurante, dominadora de corazones.

Los pueblos, como los volcanes, pensaba **Martí**, se labran en la sombra, donde sólo ciertos ojos los ven; y en un día brotan hechos, coronados de fuego,

y con los flancos jadeantes, y arrastran a la cumbre a los desiertos, apacibles de este mundo, que niegan todo lo que no desean, y **no saben del volcán hasta que no lo tienen encima**. Lo mejor es estar en la entrañas y subir con él.

Martí penetró en las entrañas de los cubanos de Tampa. Después de su oración del 27 de noviembre, en acto conmemorativo de los **estudiantes de Medicina fusilados en 1871**, donde un auditorio de pie lo aclamaba, vino la oración de despedida, el día 28, y algo entonces de nosotros mismos se fue con él. Desde muy temprano en la noche se habían dado cita cubanos y admiradores del viajero, en la casona del Liceo. En la inmensa sala se extendía límpida y rica mesa cubierta de manjares y orlada de flores. El presidente del Club **Ignacio Agramonte** usó de la palabra para desempeñar la misión que le había sido confiada de entregar a Martí la pluma de oro y el tintero que la emigración tampeña le ofrecía, por las manos suaves y finas de la **Virgencita de Ibor**.

Hubo muchos discursos. Y al fin Martí inició el de despedida. Apoyado en la cabecera de la mesa, trémulo de emoción, cargado de esperanzas y de historia, hizo referencia a sus predecesores. De pronto, sorprendentemente, una paloma engalanada de cintas tricolores, atraviesa la sala y el orador alude a ella para afirmar que era la mensajera del pensar de los cubanos de adentro, ávidos de juntar sus corazones con sus hermanos de afuera. Trueno abajo el cañón entonando salvas, y el orador recoge el estampido para augurar la próxima y terrible sinfonía de los cañones libertadores. El centenar de focos de luz eléctrica que iluminaba la sala del coliseo, como respondiendo a misteriosa fuerza directrix, producen un rumor extraño que lo hace exclamar enardecido:

Y ese ruido de los focos eléctricos me parece que remeda el ruido de los barcos cargados de armas, y esas armas son la guerra.

Súbitamente, se apagan las luces, y en el salón en tinieblas se oye la voz del Apóstol:

Así, entre las sombras de la noche, avanza la revolución.

Y, cuando de nuevo, como si el apagón obedeciera al curso de su pensamiento, se hizo la luz, anunció en símbolos la hora de reanudar el combate bajo el fuego del sol, la caricia de la luna y la nostalgia de las estrellas.

La oratoria de Martí no creó escuela. ¡Con cuánta razón y verdad apuntó el **gran nicaragüense de Letras Apostólicas**, que **Martí no fue un dios**, porque era un hombre, pero que **era mucho hombre para no ser un dios!**

En Enero de 1892 regresó a Tampa, camino de Cayo Hueso, donde se proclamó el diez de abril del mismo año, la existencia del **Partido Revolucionario Cubano**. La llamada de Tampa había sido fructuosa. Ya lo había dicho él:

Lo que de Tampa arrancó y allí se consagró, tropezará en una hoja de yerba o en un **grano de maíz**, pero a Cuba irá a terminar.

Cómo me sorprendió, al volver Martí a la naciente urbe floridana por la segunda vez, verlo llamar por sus nombres, a los patriotas de la localidad, a los adalides con historia y a los humildes trabajadores que comenzaban a forjarla.

Un decálogo de orientaciones son las obras de Martí, donde cada imagen señala un camino y cada pensamiento es una profecía de presente, iluminada de porvenir.

Entre sus máximas americanistas, que son muchas, y todas educativas y patrióticas, debieran ser recordadas preferentemente, las aplicables a la realidad de nuestra vida y de nuestros gobiernos:

El buen gobernante en América no es el que sabe cómo se gobierna el alemán o el francés, sino el que sabe de qué elementos está hecho su país. (...)

El premio de los certámenes no ha de ser para la mejor oda, sino para el mejor estudio de los factores del país en que se vive.

(...)

La historia de América, de los Incas acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los Arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferida a la Grecia que no es nuestra. Los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos. Injértese en nuestras Repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras Repúblicas.

(...)

Los gobernadores, en las Repúblicas de Indios, aprenden indio.

(...)

Y esta otra:

El vino, de plátano: y si sale agrio ¡es nuestro vino!

Su influencia en el desenvolvimiento intelectual de la América de su tiempo fue la del genio errante que arrancaba estrellas de todos los cielos, mojaba sus pinceles en todos los albores, enderezaba el pensamiento por todos los caminos, y abría su mente iluminada a los cuatro vientos del espíritu.

Con sobrada razón apuntaba **Santiago Argüello** que **el único que pudo ser Maestro de América fue José Martí:**

Como Montalvo, tuvo en su boca el fulminante del verbo, la palabra clásica henchida de modernidad, el hipérbaton arcaico quemándose en la visión futura. Como Rodó, tuvo en sus manos los cinceles del arte, en su mente la intuición apostólica, el segmento del cielo que a ratos dora el círculo de la existencia, y en su pecho el panal de la dulzura y el sacrificio del amor. Pero tuvo más que el primero la sabiduría espiritual y el poder de aplicación de esa sabiduría a los problemas especiales de un pueblo, a los colectivos de una raza y a los genéricos del mundo; y más que el segundo,

el don humano que hubo de permitirle infundir un espíritu de apóstol en carne y hueso de hombre, que, si tuvo doctrinas de belleza y bondad para guardarlas en el alma, tuvo también bíceps de hierro para sembrarlas en la tierra.

Fundador del **Partido Revolucionario Cubano**, agitador de potencias sobrenaturales, de su contacto con la **Madre Patria sacó Martí una dirección original**. Acaso es el único ejemplo de un combatiente que aspira a derribar un régimen y a romper un yugo **sin alegrar odios ni esgrimir el vituperio** como armas naturales contra la Metrópoli dominadora.

Las guerras se anuncian con banderas de sangre, clamor de clarines y cornetas y como estruendos de metralla. Martí la profetizaba a fines de septiembre de 1894, tres meses antes del desastre de las expediciones de Fernandina, y cinco meses antes del rompimiento de febrero, cuyo quincuagésimo octavo aniversario conmemoramos hoy, así:

Ya amarillean los montes. Ya se casan los novios. Ya en los colegios sacuden el polvo a la cama de cuartel, y al escritorio monótono, y emprende viaje al potro el mozo mohíno, con un sueño prendido, como un clavel verde, al ojal del levísac, con un chispazo del vals último en los ojos que en las luchas de la patria ordenarán tal vez mañana la victoria.

(...)

El río de otoño, manso y acerado, copia las hojas rojas, amarillas y verdes. ¡Oh, cielo azul! ¿Y lucirá un verano más sin una prueba nueva del honor del mundo, y del brazo del hombre? ¿Será todo pesebre, celo, chisme, vanidad, mordida, comentario, sombra, eco? ¿Se oirán las voces robustas, y el mártir que expira, y el pueblo que se levanta, o no se oirá más que el picoteo nocturno y destructor de la vanidad incapaz, como el puntazo lúgubre del pájaro carpintero que en el tronco agujereado hace su nido? Ya van las golondrinas rumbo al sur, y la ciudad se viste de negro otra

vez, y la luz empieza a tardar y a velarse: ¡Ay del que no tiene un recuerdo de desinterés con que calentarse en el invierno, la dichosa memoria de una hora pura de servicio humano, de amistad o de libertad, de cariño o de justicia, de compasión o de limosna: ¡Ay del que no tiene un poco de luz en su alma!

La fe, repito, fue su arma de batalla. Fracasado el vasto plan de Fernandina, **Martí** dictó, de acuerdo con el **General Máximo Gómez**, la orden de levantamiento el 24 de febrero de 1895. **Del fracaso surgió la victoria definitiva.**

Taumaturgo infatigable del ideal y del deber, no de la gloria, predicó la religión del holocausto, y cuando sonó en el reloj del tiempo la hora por él ansiada, y llanos y colinas y montañas se poblaron de rebeldes, clavó los ojos en Cuba y se dispuso a marchar delante camino del porvenir.

Yo evoqué la guerra, —dijo—. Mi responsabilidad comienza con ella, en vez de acabar. Para mí la patria no será nunca triunfo, sino agonía y deber. Ya arde la sangre. Ahora hay que dar respeto y sentido humano y amable al sacrificio; hay que hacer viable e inexpugnable la guerra; si ella me manda, conforme a mi deseo único, quedarme, me quedo en ella; si me manda, clavándome el alma,irme lejos de los que mueren como yo sabría morir, también tendré ese valor. Yo alzaré el mundo, pero mi único deseo sería **pegarme allí, al último tronco, al último peleador: morir callado. Para mí ya es hora.**

Vanos fueron los esfuerzos hechos para convencerlo de que debía permanecer en el extranjero, donde sus servicios eran imprescindibles. A todos contestó indirectamente, que un pueblo no se deja servir sin cierto desdén y despeggo de quien **predicó la necesidad de morir y no empezó por poner en riesgo su vida.**

Y es que Martí, como observó Manuel Sanguilly,

fue lógico en el pensamiento, lo mismo que en la conducta, y en esa unidad de su vida y de su espíritu, de su voluntad y de su obra, se funda su grandeza: bajó de la tribuna después de haber desatado desde ella la tempestad: en el momento más crítico, uniéndose al veterano de nuestras grandes victorias, para sellar la alianza de las nuevas con las viejas generaciones, se embarca a la ventura, boga perdido e impaciente por entre archipiélagos desiertos, cruza el estrecho peligroso en minúsculo esquife: pisa, al fin, la tierra sagrada, reanima a su paso la confianza, aviva la fe, y, en breves días, al tropezar por la primera vez con los enemigos de su patria, siente rugir en su corazón la cólera inmensa de su pueblo, y estremecido, despeña con furiosa espuela su caballo, como viviente alud contra la masa tonante que se abre en cráter de fuego, donde, envuelto en llamarada de relámpago, se hunde con estrépito el centauro arrebatado.

Maestro: el niño aquel que tú contemplaste escuchando febril los cuentos del padre, no olvidó tu prédica. Y a la hora de la sangre y de los clarines, subió al barco expedicionario para decir presente donde se moría como tú te sentías capaz de morir. Y al declinar su vida, le cabe la íntima satisfacción de no haber olvidado en ningún momento tus doctrinas: de no haber jamás maculado a Cuba con sus apetitos; de haber divulgado, aunque con la amargura de la no resonancia, tu política de amor, reiterando hoy como ayer aquellas tus palabras en la tribuna revolucionaria:

O la República tiene por base el carácter entero de cada uno de sus hijos, el hábito de trabajar con sus manos y pensar por sí propio, el ejercicio íntegro de sí y el respeto, como de honor de familia, al ejercicio íntegro de los demás; la pasión, en fin, por **el decoro del hombre, o la República no vale una lágrima de nuestras mujeres ni una sola gota de sangre de nuestros bravos.**

Tomado de **Norte** No. 136. Junio-julio y Agosto-septiembre. Año XXII.

MARTÍ

PABLO NERUDA
(1904-73. CHILE)

Cuba, flor espumosa, efervescente
azucena escarlata, jazminero,
cuesta encontrar bajo la red florida
tu sombrío carbón martirizado,
la antigua arruga que dejó la muerte,
la cicatriz cubierta por la espuma.

Pero dentro de ti como una clara
geometría de nieve germinada,
donde se abren tus últimas cortezas,
yace Martí como una almendra pura.

Está en el fondo circular del aire,
está en el centro azul del territorio,
y reluce como una gota de agua
su dormida **PUREZA DE SEMILLA**.

Es de cristal la noche que lo cubre.
Llanto y dolor, de pronto, crueles gotas
atraviesan la tierra hasta el recinto
de la infinita claridad dormida.

El pueblo a veces baja sus raíces
a través de la noche hasta tocar
el agua quieta en su escondido manto.
A veces cruza el rencor iracundo
pisoteando sembradas superficies
y un muerto cae en la copa del pueblo.

A veces vuelve el látigo enterrado
a silbar en el aire de la cúpula
y una gota de sangre, como un pétalo
cae a la tierra y desciende al silencio.
Todo llega al fulgor inmaculado.
Los temblores minúsculos golpean
las puertas de cristal del escondido.

Toda lágrima toca su corriente.

Todo fuego estremece su estructura.
Y así de la yacente fortaleza,
del escondido germen caudaloso
salen los combatientes de la isla.

Vienen de un manantial determinado.

Nacen de una vertiente cristalina.

De Canto General I

MARTÍ

MERCEDES GARCÍA-TUDURÍ
(1904-98. CUBA)

De ti no puede hablarse sino a través del símbolo.
A ti te queda estrecha toda expresión verbal.
¿Qué voz podrá ser digna del elevado acento
que en tu cordaje de oro vibró con el aliento inmortal?

¿Quién puede al mismo tiempo ser áncora y ser vela
para entender la extraña ruta de tu existir?
¡Tuviste el ala ingrávida que libremente vuela
y fuiste como inmóvil y profunda raíz!

Buscando tu presencia sólo acierto a evocarte
como una letanía de símbolos: ¡crisol
y fragua, solitaria estrella, cumbre de angustia
muerte cara al sol!

Hay un cálido efluvio que nos une y hermana.
Sé que de ti proviene, que tu virtud lo emana
para que nos exalte con su rara bondad.
¿De qué cantera ignota salió tu estirpe humana?,
¿de qué fuente de luces brotó tu claridad?

Eres el verdadero camino de la Patria,
presencia de su vida, savia de su tesoro.

De **Poetisas cubanas contemporáneas** (Academia poética de Miami).

MARTÍ, POETA Y GUERRERO

DARÍO ESPINA PÉREZ
(1920-96. CUBA)

Martí, cual pocos cubanos,
descubrió en la oscuridad
un rayo de libertad
alumbrando a sus hermanos.
Y en los campos soberanos,
como en décadas pasadas,
pensó en las rudas jornadas
porque es el medio propicio
para hacer con sacrificio
las repúblicas soñadas.

Con las flores del destierro
y las espigas de caña
quiso demostrar a España
que su amor era de hierro.
No creyó en el duro encierro
de las tropas españolas,
y para luchar a solas
contra los diestros soldados
llevó sables afilados
para teñir las corolas.

En la más remota aldea
cifró su empeño glorioso
como pensó en el Toboso
el hombre de Dulcinea.
Sabido que la pelea
es el paso postrimero,
nunca olvidó que el guerrero
para triunfar necesita
el motivo que lo incita
a desenfundar su acero.

¿Y qué motivo mejor
que la patria esclavizada
llorando desesperada
en busca de un defensor?
Eso transforma el amor
en la más férrea bravura,
y reviste de locura
al más sano civilista,
que emprende por la conquista
la senda de la amargura.

El germen del patriotismo
supo Martí difundir
al disponerse a morir
con desprendido heroísmo.
Nunca pensaba en sí mismo
hablando de inmolación,
porque no hay mayor traición
ni escarnio más evidente
que hacer que muera la gente
y no morir en acción.

En Martí nunca se abate
su impulso genial por nada,
porque la pluma y la espada
eran armas de combate.
Supo emprender el debate
en todas las ocasiones,
y en las duras situaciones
de solución decisiva
pensaba en la alternativa
de la paz de los cañones.

En los momentos sombríos
de una tarde rigurosa,
entregó su vida hermosa
en el campo de Dos Ríos.
Aceptando desafíos
de un enemigo potente,
de cara hacia un sol ardiente,
murió este bravo soldado,
el hombre más admirado
de Cuba y del Continente.

El poeta visionario
hizo realidad los sueños
porque fundó sus empeños
en un medio necesario;
y pensando en el Calvario,
más que en Cuba redimida,
llegó hasta ofrendar su vida
para que su ejemplo fuera
la más sagrada bandera
en la Isla escarnecida.

Tomado de **Cuba heroica** (Academia Poética de Miami, 1994)

ALFONSO HERRERA FRANYUTTI

DESCUBRE UNA POESÍA DESCONOCIDA DE JOSÉ MARTÍ

Para conmemorar el centenario de la llegada de José Martí a México el 8 de febrero de 1875, y como parte de los homenajes que tienen lugar durante todo el año, me di a la tarea de compilar y ordenar cronológicamente toda la producción poética que Martí escribiera y dejara en México, para publicarla en un pequeño volumen que reúna esta etapa poética y vivencial de su obra: antología que deberá llevar por nombre **Sin amores**, como propusiera Ernesto Mejía Sánchez, por ser esta la temática predominante en la poesía del Martí de aquellos años.

Puesto a la obra, encontré algunas fallas en la compilación de las poesías de esta etapa de su vida: además de faltar algunas, otras son clasificadas como aparecidas posteriormente, como acontece con los versos dedicados a Carmen, que aparecen como escritos en 1877 y publicados en **El Cubano** en 1878, cuando en realidad fueron escritos en 1876, en momentos de enfermedad de Martí, y publicados dos días después, el 23 de mayo de 1876, junto con otros versos dedicados a Enrique Guasp de Peris, en **El eco de Ambos Mundos**, como ya lo había señalado atinadamente Rafael Heliodoro Valle.

Pero al terminar el ordenamiento de este material, un poema que me era conocido susurraba sus amargas y tristes estrofas en mi cerebro, sin que apareciera. El profesor Mejía Sánchez también lo conocía, pero por más que buscamos no aparecía. Era un poema que había leído hace varios años, cuando escribía mi libro **Martí en México**, y cuyas tristes y potentes imágenes permanecían vagas pero imborrables en mi memoria. Ahora veía que no se encontraba en ninguna antología, ni en las **Obras completas**. Fueron inútiles los intentos por localizarlo. Tampoco en la Sala **José Martí**, de la Biblioteca Nacional de La Habana, Cuba, donde su personal desplegó gentilmente toda su actividad, pude localizarlo. Indudablemente, el poema no había sido colectado.

Fue necesario entonces penetrar nuevamente en la veta no extinguida de la obra martiana, y en efecto ¡ahí estaba!, olvidado en las amarillentas páginas de la **Revista Universal** correspondientes al 10 de octubre de 1875. ¿Su nombre? **De noche en la imprenta**. Su tema nos habla de horas amargas para el poeta. Lo exhumamos, y a cien años de distancia de su publicación lo enviamos cariñosos a reunirse con sus versos hermanos de aquella época, en tanto llega la hora de poder publicarlo en **Sin amores**.

DE NOCHE EN LA IMPRENTA

JOSÉ MARTÍ

Hay en la casa del trabajo un ruido
que me parece un fúnebre silencio.
Trabajan; hacen libros: –se diría–
que están haciendo para un hombre un féretro.
Es de noche; la luz enrojecida
alumbra la fatiga del obrero;
parecen estas luces vacilantes
las lámparas fugaces de San Telmo,
y es que está muerto el corazón, y entonces
toda parece solitario y muerto.

Es la labor de imprenta misteriosa:
propaganda de espíritus, abiertos
al error que nos prueba, y a la Gloria,
y a todo lo que brinda al alma un cielo,
cuando el deber con honradez se cumple,
cuando el amor se reproduce inmenso.
Es la imprenta la vida, y me parece
este taller un vasto cementerio.
¡Es que el Cadáver se sentó a mi lado,
y la mano me oprime con sus huesos,
y me hiela el amor con que amaría,
y hasta el cerebro mismo con que pienso!
Es que la muerte, de miseria en forma,
comió a mi mesa y se acostó en mi lecho.

Hay hombres en mi torno; pero el alma
fugitiva del mundo, va tan lejos
que en esta lucha por asirla al poste,
de mí se escapa y sin el alma quedo.
Hay luces, y en mí sombras; claridades
en todo, en mi dolor graves misterios.
Despierto estoy, mas dormiré muy pronto,
porque al arrullo del dolor me duermo.
La frente inclino sobre la ancha mesa;
para extinguir la luz, la mano extendiendo,
y la extingo, y la sombra no apereibo,
porque apagada en mí toda luz llevo.

Duermo de pie: la vida es muchas veces
esta luz apagada y este sueño.
Los ojos se me cierran, de la frente

vencidos al afán y rudo peso,
porque en la frente que me agobia tanto
de muchas vidas pesadumbre tengo.
Trabaja el impresor haciendo un libro;
trabajo yo en la vida haciendo un muerto.

Vivir es comerciar, alienta todo
por los útiles cambios y el comercio:
me dan pan, yo doy alma: si ya he dado
cuanto tengo que dar ¿por qué no muero?
Si de vida sin pan imagen formo,
si verla aun puede de mi justo el resto,
¿por qué negarme, oh rey de la tiniebla,
lo que para soñar tengo derecho?
Es de noche: la luz enrojecida
huye y vacila como fatuo fuego:
cirios de muerte me imagino en torno;
escucho el misterioso cuchicheo
que en la alcoba feliz del moribundo
es el primer sudario del enfermo,
y toda vaga en mi redor, en danza
confusa, extraña, y sordo movimiento.
Parécenme esas manos que se mueven,
manos que clavan enlutado féretro;
esos, los que trabajan, comitiva
ceremoniosa y funeraria veo,
y es que en el colmo de la vida asisto,
vivo cadáver, a mi propio entierro.

Mi corazón deposité en la tumba:
llevo una herida que me cruza el pecho;
sangre me brota; quien a mí se acerque
en los bordes leerá como yo leo:
"Mordido aquí de la miseria un día
quedó este vivo desgarrado y muerto,
porque el diente fatal de la miseria
lleva en la punta matador veneno".

Cuando encuentres un vil, para y pregunta
si la miseria le mordió en el pecho,
y si el caso es verdad, sigue y perdona:
culpa no tiene ¡le alcanzó el veneno!

Septiembre 29, 1875

Ensayos martistas de escritores mexicanos. F. A. H. México, 2003.

CANTO A MARTÍ

CARILDA OLIVER LABRA
(1922. CUBA)

El aire es de acero.
Viven los relámpagos. La caña palpita.
Veintiocho de Enero...
Una ceiba crece, se vuelve infinita.
Arde San Antonio. Despierta Maisí.
Vienen los sinsontes...
Martí...!
Martí es la palabra que llega de todos los montes,
de todas las cruces calladas arriba de todos los Muertos,
de todos los ríos,
de todos los páramos tristes, de todos los hombres abiertos,
de todos los rifles vacíos.
¡Martí!
Martí es la palabra precisa, la ola que acude del mar,
la verdad madura, la estrella de aquí,
el nombre a cantar,
el nombre que sale de la yerba pura
y va en las carretas
de músicas quietas
y va en el rocío de la noche entera, doblada y oscura.
Veintiocho de Enero:
Fecha del laurel.
Veintiocho de Enero:
decirte es llenarse, las manos con miel.
Bendita la cuna de José Martí.
Bendita la calle de Paula.
Bendita su lengua inocente, su sueño rubí.
Bendito el pupitre que tuvo en el aula;
su primer caballo, su pluma de niño, su frente con frente,
la carta a su madre Leonor
y el soneto aquel cuando adolescente...
¡Bendito sea el beso que estrenó su amor!
Hace falta un trueno, un múltiple grito, una diana aparte,
una carta de héroes violentos y de frenesí;
hace falta el fuego para saludarte,
hermano Martí.

Hace falta un verso, un débil suspiro
un silencio habido como de la muerte,
el pétalo suelto de un pobre alelí,
para comprenderte,
hermano Martí.
Sangrante el tobillo,
estabas allí en las Canteras casi sin estar.
Miraba tu extraña mirada con brillo
un sueño más grande que el mar.
(La patria en cadenas,
la patria humillada por amo español,
la patria con penas,
la patria sin sol...)
Y fue como un beso fragante en tu pierna
la marca del hierro,
un beso de Cuba caída;
un beso fue siempre la diáfana herida
allá en el destierro.

Contigo la patria distante,
la patria pequeña como un diminuto paisaje de arroz,
la patria incesante.
Crecía, crecía tu voz...
Tu voz transparente, en limpios clamores de fraternidad
tu voz que mantuvo asombradas las calles,
tu voz más inmensa que la inmensidad,
que rompe montañas y mueve los valles,
tu voz que renace como la verdad
y es trompeta alegre, caricia sonora, tropel y centella
y flor sin edad.
Oídla en las noches de Cuba.
No hay otra más dulce que ella.
Le dice a la patria que suba,
nos manda señales de estrella.
Oídla en la palma.
¡Oídla vibrante, fogosa, enorme y eterna
durando en el alma!
Agita las nubes dispersas,
reúne volcanes, reparte aguaceros furiosos,
agolpa crisálidas tersas,
metales gloriosos.

Entrando en los días
retumba imponente, sin mengua,
por las selvas nuestras largas y sombrías
aún vive en tu lengua!

Su voz era un trueno,
una campanada de azul repetido,
un interminable martillo sereno,
un río encendido.
Oídla: en la brisa de Cuba se mece.
¡Oídla: está aquí!
De Lincoln o Sucre parece;
pero es de Martí...
Martí, el milagroso,
el puro, el rebelde, el audaz,
el hombre tremendo que hacía la guerra por hacer la
paz.
Valor sin reposo,
premura en la sangre; beatitud de pan
la de sus dos manos místicas y raras.
Martí, capitán
del sueño más sueño, de las claridades más leves y
claras.
¿Qué fértil regalo, qué dolor rotundo
no estaba latiendo en su voz?
¿Quién quiso más dentro y profundo
que aquella palabra de espiga y de hoz?
¿Qué fue más ardiente, más tenue y sincero
que el alma saliendo a su pluma?
¿Qué fue más de espuma?
¿Qué fue más de acero?
¿Quién tuvo su huerto oloroso, su rubio temblor
sonando a frenéticas lilas?
¿Quién vio sin pupilas,
quién dio más amor?
Su sangre persiste.
Su sangre corriendo no acaba,
es una esperanza que existe,
es un remolino de pólvora y lava.
Vuelve desde todos los blancos confines,
como flor de caña;
melancólicamente podrían decirla violines
con música extraña;

y está, sin embargo,
más bien entre sordos suspiros de tierra,
de torrentes presos en un desgarrado jardín.
Lo dice la furia de un círculo hosco de hiel
que se cierra;
lo dice un estruendo sin fin.

Toca una campana, hierve un centelleo,
la bandera pasa como un huracán,
y, Martí, te veo...
Los áureos soldados detrás de ti van
con himnos, sudores, armas y mochilas,
las ropas ya viejas,
las carnes dolientes, altas las pupilas,
el humo por cejas;
los bravos soldados de la insurrección,
los innominados, los tercos, los fuertes,
los inaccesibles,
los grandes, los bellos, los de corazón,
los incontenibles
hombres que alumbraron la Revolución.
Aquí van sus botas, sus recias pisadas,
sus rudas perennes marchas repetidas,
por pueblos, bateyes y zarzas moradas;
sus huellas unidas
como una eclosión de alboradas.
Se quedaban todos estáticos, mudos,
oyéndote hablar.
Y luego inmortales, grandiosos, gallardos, heroicos,
desnudos,
salían por Cuba a morir y a matar!
Martí de pelea y de fragua,
de estallido y roce, de estrella y de agua,
de mangas gastadas por los codos puros;
de grave madera, de planta llovida,
Martí de los ojos maduros,
Martí de la vida
constante, solemne, dura, consagrada;
Martí el de la escuela y el del campamento,
de estrofa y latido, de carne y de astro,
de antorcha en el viento,
de arenga con rastro.

Maestro de niños y libertadores:
la patria es la patria por ti.
Honor a la mano que firmó fulgores
allá en Montecristi. ¡Honor a tu mano, Martí!

Lo supo la alondra y el gallo lo supo.
Lo dijo en sus vítores redondos la diana
al ver las tres frentes del épico grupo
de la Mejorana.

Te oyeron pasar los palmares,
las ciénagas vírgenes, la sed, los bohíos,
los mangos dorados, los verdes rocosos y los espinares,
con rumbo a Dos Ríos.

Ibas como un sueño en cabalgadura,
tramando tu absurdo, perfecto delirio,
con esa dulzura
del que está tocando la forma de un lirio.
Y la noche oscura
sobre tu caballo, sobre tu martirio
era una fantástica, fatal vestidura.
Estabas tan pálido, tan grande, tan alto,
tan hondo de fiebre, tan de primavera,
soberbio, esperando en la espera
el asalto.

Banderas, soldados, corceles, clarines,
ayunos, victorias, proclamas,
heridos y enfermos: trajines
de hombres que mueren sin camas.
Y arengas y tumbas y pólvora y ruido,
y fuegos y cargas y toque al degüello,
y tú, como un simple poeta perdido
en medio de aquello...

Martí necesario,
vidente, dueño de las alas,
profeta buscando un sudario
de balas.

Que gota de sangre la gota primera,
como una amapola naciendo,
como un corazón de bandera
tremendo...!

Dos Ríos,
el campo tocado por muerte inmortal,
se quedó de pronto con nidos vacíos
y flores de sal.

Tu palabra ausente será la más viva, despierta
campana.
Y las cañas leves, dulcísimas, lentas han de saludarte
con su gracia hermana.
Dirán que regresas hermoso de lóbregas rutas,
que tienes el alma más verde
que todas las frutas,
que eres la luz tropical que no pierde
resplandimiento viajando por grutas;
que estás... No te has ido: renaces del pan y del suelo.
Rezarnos tu nombre, Martí.
Tu sombra es la sombra del cielo
y las rosas blancas ya huelen a ti.
Laureles y versos y sollozos míticos y sonos ardientes
dirán que tu frente se ha vuelto
un milagro infinito de frentes;
dirán que aún caminas, que aún te levantas
desde un insondable lugar solitario de semillas santas;
que vienes de nuevo hasta aquí;
que estallan cañones y bélicos gritos y chispas de
guerra,
y salta un clarín de la tierra
cuando alguna palma sacude en los aires tu nombre,
Martí!



[1953. Revisado y corregido por la autora en 2001]

Autorretrato del héroe de Dos Ríos.

MARTÍ, MÁRTIR

ARTURO DORESTE
CUBANO

Apóstol: el atrio del templo está en sombras
y ante él mi poema se inclina contrito;
tu dulce recuerdo titila ante el ara,
y en las soledades del patrio recinto
tu voz es el eco de un eco en sordina
que no lo perciben todos los oídos.
Pretende el lenguaje de la confidencia
darte la medida del corazón mío,
que al seguir las huellas de tus rebeldías
de tus enseñanzas y tus sacrificios,
te refiere penas, no por lastimarte
sino por sagrado deber de discípulo,
aunque las palabras húmedas de angustia
caigan como gotas hiel en tu espíritu.
Hay un grupo amante, que te glorifica
devoto a tu credo, fiel a tu cariño,
y no necesita para recordarte
banderas plegadas y notas de himno;
ni que el 28 de enero proclame
que es la fecha augusta de tu natalicio,
o que en el luctuoso Mayo 19
se llore tu inmensa caída en Dos Ríos!
Hay quienes invocan tu nombre preclaro
y a diario declaman tus versos sencillos,
y bajo la máscara del recogimiento
se adivina el lodo de sus egoísmos;
toman en la diestra tu flor impecable,
estrujan sus pétalos, ajan sus pistilos,
y la rosa blanca que tú cultivaste
vaciando en ternuras tus propios estímulos,
aroma sus manos con sangre de alburas
cumpliendo la clara piedad de su símbolo!

Apóstol: les quedan el cardo y la ortiga
donde se reflejan aviesos instintos;
y cardo y ortiga los van esparciendo
por la patria en siembras de llanto y de vicio,
para que germinen en campos de duda
frutos de discordias y árboles malditos!
Y pensar, Maestro, que por la firmeza
del carácter tuyo, varonil y limpio,
fuiste condenado a llevar grilletes,
recibir injurias, soportar castigos,
y condecorasen a tu adolescencia
con el lacerante rigor del presidio!
El linaje tuyo nace de una estrella,
tu genealogía se afinca en los siglos,
y por un milagro de metempsicosis
corre por tus venas un fulgor divino:
Jesús, que se empina sobre las edades,
es, dulce Maestro, tu hermano mellizo!
Pero se te niega porque se descuida
tu noble evangelio de ardientes versículos,
y están las campiñas entre odio de zarzas,
y desamparados se ven los bohíos,
y como fantasmas, ciegos de miseria,
por el agro, a tientas, pasan los guajiros,
y el interminable clamor de su angustia
remeda un supremo réquiem campesino,
y hasta las palmeras –tus novias de antaño–
semejan espectros que tiemblan de frío!

Si el presente es triste, tal vez el futuro
brinde una sorpresa de frutos opimos,
y la cornucopia de la madrugada
desborde la lumbré de su regocijo,
y el predio se enjoe de espigas sonoras,
y el aire sea un móvil repique de trinos,
y al rústico albergue perfume la gracia
que nace en la risa fragante del niño,
y las multitudes compartan tu credo,
y tu voz la escuchen todos los oídos,
y el amor fraterno con fecundo abrazo
al fundir las almas borre los prejuicios,
y este pueblo tuyo se espiritualice
con la rosa blanca de tu jardín lírico,
y exalte tu nombre cuando día a día,
consuele al que sufre y ampare al caído,
y al reverenciarte, cotidianamente
cifre en el trabajo su ideal magnífico,
¡y canten a coro tu eterna apoteosis
el surco y el grano, la escuela y el libro!

Tomado de Norte No. 136

MARTÍ Y EL AMOR

YDILIA JIMÉNEZ
(1922. CUBA)

MARTÍ Y EL AMOR

José Martí fue pródigo en amores
porque siempre fue tierno y soñador...
el primero y más puro fue Leonor,
su amantísima madre de dolores...
"Mírame madre y por favor, no llores"
le dijo en un poema colosal,
cuando un grillete esclavo y criminal
con su bola de hierro, acerbamente,
pusieron en su pie de adolescente
por defender su indómito ideal.

Cuando sólo contaba veinte años
a Blanca de Montalvo conoció
y entonces, en su pecho floreció
una pasión intensa, sin engaños,
pero su patria estaba en los peldaños
primeros, de una guerra sin cuartel...
y se alejó del territorio aquel,
donde un amigo fiel, también tenía
dejando aquel amor, que le dolía
en lo más insondable de su piel.

En México, un amor apasionado
se introdujo en la vida de Martí:
Rosario Peña, el dulce frenesí
de un sueño de ilusión, no realizado.
Era mayor que él, impresionado,
sintió por ella mágica atracción.
Una bella amistad, de corazón,
surgió entre él y esta mujer hermosa...
que en su vida, afectiva y azarosa,
puso un poco de paz y comprensión.

Después, conoce a Concepción Padilla,
artista de teatro. En Guatemala...
está María, inquieta colegiala,
adolescente aún, una chiquilla.
Ella, tierna y sensible, muy sencilla,
se enamora de él, profundamente;
mas él ya tiene en su ardorosa mente
la idea de una boda... iba a ser
Carmen Zayas Bazán, esa mujer,
que al altar lo llevara, legalmente.

Al regreso a la patria, es descubierto,
fue detenido y deportado a España...
y la noticia de una mujer extraña
lo llena de dolor, María ha muerto.
Su esposa lo abandona, es incierto
el futuro de Cuba... y muy capaz
continúa su lucha, siempre audaz,
en la guerra brutal y necesaria...
¡Y levanta su mano libertaria
empuñando el machete montaraz!

Con todo esto, queda demostrado
que Martí era un hombre extraordinario...
Apóstol de la patria, visionario,
idealista, poeta y buen soldado.
Su nombre ha sido digno... y elevado
a la cúspide eterna de la gloria
y será inmarcesible en nuestra historia
como un símbolo sólido y fulgente,
mas también tuvo un corazón ardiente...
¡y en el amor, extensa trayectoria!

EL SUEÑO DE MARTÍ

José Martí, tu sueño americano
fue símbolo de amor y patriotismo...
tu voz libre fue muestra de heroísmo
y ejemplo de tu pueblo soberano.

Tu profunda enseñanza dio al cubano
la fe de tu grandioso idealismo...
pues tú llevabas dentro de ti mismo
la simiente de aquel sueño antillano.

Sueño de libertad, extraordinario,
que fue escudo, bandera, himno y guerra
para tu patria esclava. La vehemencia

que pusiste en tu empeño libertario...
impulsó a los mambises de tu tierra
para el triunfo final: la Independencia.

MARTÍ, APÓSTOL

Martí, Apóstol del sentir humano,
sembrador de lozana y blanca rosa...
tú escalaste la cumbre... y fue famosa
la pluma que guió tu férrea mano.

Maestro soñador y soberano,
fuiste grande en el verso y en la prosa...
en ti prendió la fe maravillosa
tu sueño de patriota y de cubano.

Héroe impresionante de tu guerra,
defensor invencible de tu tierra...
Apóstol inmortal de luz y gloria.

Tú surgiste en tu patria refulgente,
con tu machete en mano y reluciente...
la rosa, que fue símbolo en tu historia.

CANTO A MARTÍ

NORMAN RODRÍGUEZ
(1926-92, CUBA)

I

Fue distinto, fue sincero;
redondo como un anillo.
Como la palma, sencillo;
sencillo como un lucero.
Vivió forjando un lindero
entre el jazmín y la bala.
Vivió... murió... (su hora mala
hace sangre en la memoria).
Vivió para hacer la Historia
bajo "la sombra de un ala".

II

Nació en Enero, y Enero
fue más Enero por él.
Hubo un hálito de miel
que nunca se vio primero,
un indómito reguero
de esperanzas, un rumor
dorado como el amor...
fue en Enero... Y aquel día
de aquel Enero tenía
ya un aire liberador...

III

Un niño, de un manotón,
ha clavado un juramento:
"echa el barco, ciento a ciento,
los negros por el portón".
Un anhelo cimarrón
va, de sinsonte en sinsonte,
desatando el horizonte;
y un niño —ya sin sonrisa—
tiembla como una camisa
"entre los ceibos del monte".

IV

Y empieza a vivir un lirio
"con el puñal al costado".
Empieza un cuento, contado
con las letras del martirio.
Y es entonces un delirio
con bordes de madrugada,
una aurora desusada
que a la sombra se resiste:
ya es Martí —candela triste—
suave como una pomada.

V

Alborada bajo techo:
anda como quien no vive,
mientras le siembra Mendive
carreteles en el pecho...
Ya es Martí: crece derecho
a la rosa y al laurel...
Ya es Martí: retoño fiel,
asombro suelto entre lunas,
jugando a esconder algunas
centellas en un papel.

VI

Y fue el presidio... y allí,
como quien marca un camino,
el grillete del destino
lo destina a ser... Martí:
que era a ser casi rubí,
casi vena y casi flor;
que era el ámbito mejor
del alba y de la burbuja.
Ya es Martí: miel que dibuja
estrellas con su dolor.

VII

Y España... Punta mordida
por la espada y por la ola,
"donde rompió su corola
la poca flor de su vida".
Por Aragón, por la herida
de España recién sangrada,
ambiciosa la mirada
sobre un designio remoto,
iba... como paño roto
o nube desenganchada.

VIII

Y pasa a México... anhela,
sufre y ama: es un volcán
desde el que vienen y van
ensueños de larga vela.
Ama y sufre... Venezuela
le quiere la claridad,
le amarra el alma... mirad:
¡es una estrella de sangre
la que va regando el cangre
azul de la libertad!

IX

Y Centroamérica acuna
entre sus pueblos ardientes
a quien le puso simientes
prodigiosas a la luna.
Cepa de luz oportuna
que desbarató fatigas
y volcó en manos amigas
la magia de su destello
como ordenando un degüello
de catástrofes y ortigas.

X

Habla y escribe: su voz
de aventajado cristal
asciende, en sueño y panal
a las ventanas de Dios.
Los Andes, el llano y los
quetzales lo quieren cuando
su palabra es como un bando
de ansiedades y pertrechos...
Iba, por trechos y trechos,
su dulzura caminando.

XI

Vive en el Norte y le anida
un águila el corazón;
escribe versos y son
versos su prosa y su vida.
Urge, sustenta; no olvida
su oficio de llama y grano,
de aljaba de sol... hermano
clarísimo de esta tierra,
se pone a formar la guerra
con un clavel en la mano.

XII

Se derrama –fácil pomo–
sobre los pueblos; y "el mundo
crece en su cuerpo" ... rotundo,
alza América su lomo
para saludarlo: es como
un atrevimiento en pie...
Maceo –luz de café–
y Gómez –furia con brazos–
fueron cayendo, a pedazos,
en las mallas de su fe.

XIII

"El Cayo" ... cuajan los frutos,
ya clarean los cimientos...
¡le saltan los pensamientos
como dioses diminutos!
Y nacen los "Estatutos
del Partido"; y en las grietas
de las almas crecen vetas
de esperanzas... y los días
se le vuelven alcancías
para guardar escopetas.

XIV

"Montecristi" ... El "Manifiesto"
sale de su mano pura
como un potro de ternura,
como un índice molesto.
Hiende, fulge, va dispuesto
a inaugurar un paisaje:
milagro habido en lenguaje
de relámpagos armado.
¡Ya está el honor convocado,
ya hay una antorcha de viaje!

XV

"Playitas", perfil de Oriente:
la arena inventa un abrazo,
y el monte, de un solo trazo,
se vuelve fuego en su frente.
"Playitas", perfil de Oriente,
gozosa como una jarra.
Allá donde desgarras
sus colores, el Turquino
se pintó de gallo fino
con pintura de guitarra.

XVI

Luego, al fin, "La Mejorana"
(bronce y rayo en reunión)
decretando una invasión
de sueños a la sabana.
Y el caudel de la mañana
ve cumplido su deseo
cuando –puro centelleo–
con Dios en las cartucheras,
pasan, como ventoleras,
los soldados de Maceo.

XVII

Mayo diecinueve. Nada,
ni la brisa lo anunció.
Sobre la tierra se vio,
sobre la tierra, callada,
su tristeza destapada.
Por su pecho fueron rojos
los pájaros, los matojos.
Y, entre la sangre sin él,
una niña de papel
corrió a cerrarle los ojos.

XVIII

De mártir viene martirio;
y de martirio, Martí.
Ya es una flor carmesí
aquel portento de lirio.
Ya es un empeño de cirio,
de luna que el aire cuida;
ya es una paloma herida
su pluma y, quebrada en besos,
la Muerte ensaya en sus huesos
un camuflaje de vida.

XIX

Fue un sollozo de Pilar
por "los pobres de la tierra".
El "arroyo de la sierra"
y, allá a lo lejos, el mar,
le alzaron como un altar
de enfebrecidas entrañas.
Hubo espantos en las cañas,
hubo pena en los recodos.
Fueron cerrándose todos
los puños de las montañas.

XX

Como si un astro de lana
se desgranara en el cielo,
se terminó aquel desvelo
de nítida porcelana.
Y mientras la Muerte enana
hincaba como un punzón,
contra el hosco paredón
de su silencio de pómez...
dicen que Máximo Gómez
fusiló su corazón.

XXI

Apóstol: ni sueño preso
ni el odio de roja casta
podrán negarte: la pasta
del aire te guarda ileso.
(Corneta: ¡tóqueme a beso!;
que el ala no se acobarde,
que todo el sol de la tarde
se vuelque sobre su losa,
y que se nombre a una rosa
blanca, para que lo guarde).

XXII

Tu "niña de Guatemala"
ya es una flor que te quiere.
Apóstol, cuando se muere
como tú, no hay muerte mala.
El horizonte resbala
para no darte un disgusto.
Tienes el tamaño justo
del alma de la llanura;
y hasta la noche se apura
para acostarse en tu busto.

XXIII

Por ti tiene la bandera
una estrella por sonrisa.
Por ti nos crece de prisa
un olor a primavera.
Por tu sed, por tu manera
de querernos, tu cariño
es como un guardia de armiño
cuidándome el decoro;
¡y por ti la "Edad de Oro"
es la edad de cada niño!

XXIV

Que fue la Patria por ti
como un tazón de alegría.
¡Porque hasta el Morro quería
parecésete, Martí!
Que fue tu bandera allí
la impar, la más terminada
rosa a los cielos alzada;
y acaso, "como un reflejo",
brilló en la mano del "Viejo"
un poco de tu mirada.

XXV

Martí del sueño andador,
Apóstol, Mártir, Maestro:
como un ángel ambidiestro
multiplicabas tu amor.
Se hizo fragua el resplandor
de tu vida... era una aldaba
tu recuerdo, que acercaba
el cielo a la palma real.
¡Eras lo más vertical
que la memoria guardaba!

XXVI

Mas fue tu verbo robado
como se roba un panal.
Y fue instrumento del mal
la luz de tu apostolado.
Y fue el odio desatado
sobre la ceiba y el río.
Fue lo amargo, lo sombrío:
la Patria bajo la bota;
y después: el ala rota...
y un sueño echado al vacío.

XXVII

Pero tú sigues: oh, sí,
claro como el mediodía:
sigues vivo, y todavía
más tremendo y más Martí.
Persistes. Estás ahí,
como un clamor detenido.
Ni te niegas ni te has ido.
Permaneces: porque de esa
llama en que la Muerte cesa
sales vivo y más crecido.

XXVIII

Martí sin odio ni miedo,
entre molduras azules,
Martí de paz a baúles.
Martí sin odio ni miedo.
Martí de Martí. Yo puedo
decir que de todo el mundo.
Martí de verbo rotundo:
la sal deja de ser triste
cuando la tarde se viste
con tu gesto furibundo.

XXIX

Y el aire dice y la yerba
lo dice y vuelve a decir:
que tú no puedes morir,
que toda luz te conserva
como a luz; y que es proterva
la mente que no se asombre
ante tu esencia de hombre
y tu magnitud de espiga.
Martí: ¡Que Dios te bendiga
desde los huesos al nombre!



Jorge Rigol. Revista Bohemia, 1963.

EN LA FECHA DE MARTÍ

FRANCISCO HENRÍQUEZ
(1928. CUBA)

¡Ay, Apóstol, si supieras
cuántos viven de tu nombre!
¡Y cuántos de un sólo hombre
quieren hacer mil trincheras!
Todos levantan banderas
en el nombre de tu gloria,
pero a través de la historia
son poco los que te imitan,
(y los más) siempre transitan
con pasividad de "noria".

Todos esperan por ti:
repiten tus pensamientos,
y cuando no están contentos
piden tu ayuda, Martí.
La historia se niega así
cada vez que nos conviene,
porque nadie se detiene
a pensar que tú pedías
porque razones tenías...
¿¡y todo el mundo las tiene!?

Pregunta y admiración
pueden juntarse en un verso,
cuando todo el universo
se debate en confusión.
Nunca fue la religión
tu atractivo personal,
y tu sueño nacional
"de todos y para todos"
cristalizaba los lodos
de la insidia universal.

¡Ah, Martí, si tu vivieras
—aun detrás de "puros predios"—
odiarías los asedios
mezquinos de las "panteras".
Barrerías las fronteras
que designan: "negra-blanca";
quebrarías la barranca
—símbolo de gris rencor—
y fueras todo de amor,
dándonos tu "rosa blanca".

AQUÍ ESTÁ LA CARNE

CARLOS GALINDO LENA
(1929. CUBA)

Has caído como un sol que se dispersa.
Todos trataron de tomar algo de tu sangre.
Tu cifra estaba allí, rodeada por huellas de los ángeles,
ese hermoso camino que va de la vida a la vida.
Allá estaba el signo de tu signo,
la inevitable eternidad de tu espíritu.
¿Por qué la inmortalidad de las estrellas
debe estar entre manos torpes
que acorralan al sitio de la vida?
¿Qué se detuvo cuando las hojas emprendieron
su galope hacia la muerte?
¿Quién detendría ahora a los caballos oscuros?
¡Qué negro el pozo de estupor y muerte!
¡Qué vaciedad de cielo
para que el alma no pudiera ejercer su dominio!
No hubo símbolos externos,
velos que se rasgaran
o centuriones que murieran sobre
tus ensangrentadas vestiduras.
Habían arrancado dos almas de tu cuerpo
porque también, sobre la tierra herida,
volaba el alma de la patria.

A JOSÉ MARTÍ

EN SU CENTENARIO

ANGEL CUADRA
(1931. CUBA)

Entre crespones negros y abominables voces,
desde el clima brumoso de la angustia y el llanto,
mi voz te está buscando –Padre de azul semblante–
desde un ala de luto mi voz te está buscando.

Negro el borde impreciso de un suspiro que clava,
negra, de negra sombra, la mueca de los labios.
En el confuso instante,
de pie sobre las sombras mi voz te está buscando.

Sube a mi boca música para nombrar tu nombre.
Debiera ser la fiesta de los nardos
y, en campañas de luz, Martí cantarte.
¡Luz por tu dulce nombre iluminado!

Pero el abismo alarga dentaduras de sombra
y los ojos arañan la esperanza del astro,
¡oh tú, antorcha de lumbre inapagada,
desde una luz lejana mi voz te está buscando!

Se abrió el vientre de Cuba para brotar tu estirpe,
¡ah!, divina semilla y flor y aroma y árbol,
y tu frente se abrió como un lucero,
se abrió tu corazón como un milagro,
se abrió Cuba en tu alma, para nacerle el alma,
y se abrió tu palabra para decir: ¡hermanos!

Por eso entre las sombras mi corazón te busca,
desde un ala de luto mi voz te está buscando.
Maestro, paloma y águila,
en los ojos de Cuba la esperanza del astro.

Mi voz te está buscando interrogante y muda,
labriego de esperanzas, Prometeo, espartano.
Dulce y hondo labriego, semilla es tu palabra:
—"para Cuba que sufre"— ¡Mi voz te está buscando!

Porque soñaste, Apóstol de ensoñaciones puras,
el minuto redondo del milagro.
Fue la voz de tu sangre y la sangre de tu palabra
y la fragante flor de tu costado.

Por eso entre las sombras mi soledad te busca,
con la pupila absorta y el corazón doblado,
porque el cristal se nubla
y las puras raíces hoy se ignoran
y bajos apetitos traicionan tu sueño elevado.

De pie sobre las sombras —Padre de azul semblante—
para encontrar el norte, mi voz te está buscando.
Digo sobre las sombras, porque siento en mi patria
la sombra dilatada de fatales tentáculos.

Entre crespones negros y abominables voces,
desde un ala de luto, entre el minuto trágico,
voy hacia ti, Maestro de ensoñaciones claras,
de espalda a los que usurpan los pabellones patrios.

Miro tu cabellera de abejas amorosas
y tus pupilas de cristales claros
alzarse en las cenizas de la niebla,
como la carne misma del milagro.

Ven a ordeñar los pechos, ven a podar las sombras,
ven a extirpar el cáncer, ven a endulzar los labios.
Que haya que buscar el norte,
hay que purificar las llamas,
hay que alumbrarte ¡oh Cuba!,
hay que mirar más alto.

Y a aquellos que confunden el pedestal y el ara,
que salpican de sombra tu sueño iluminado,
¡dime, dime maestro de ensoñaciones puras!,
¿debo también brindarles la rosa blanca
con tu gesto claro?

¡Maestro, paloma y águila,
sangrante entre las sombras, mi voz te está buscando!

Leído por el poeta en la Universidad de La Habana, el 28 de
enero de 1953.

JOSÉ MARTÍ

HORTENSIA MUNILLA
(1932. CUBA)

Aquel veintiocho de enero
nacía José Martí.
Con él surgía el mambí,
el idealista sincero;
el más valiente guerrero,
el poeta connotado,
el Apóstol destinado
a dejar en nuestra historia
los destellos de su gloria
como valioso legado.

Aún siendo un adolescente
por rebelde descollaba.
¡Ya en su pecho se gestaba
la flama del combatiente!
Mas de cara al sol ardiente
allá en Dos Ríos caía.
De su vida se diría
que aunque breve, fue gloriosa.
¡Nos legó su blanca rosa
y su noble ideología!

A cien años justamente
de su muerte tan sentida,
nuestra Patria, conmovida,
lo tiene siempre presente.
Y del exilio doliente
brotan versos hechos flor,
para el bravo luchador
que amaba la libertad,
y que a la inmortalidad
llegó ungido de esplendor.

De **Cuba, la cercana lejanía** por Oscar Abel Lugaluppi.

AMANTE DEL AMOR

HERMINIA IBACETA
(1933. CUBA)

Con los pétalos más tersos
de rosas blancas corola,
con el rumor de la ola
quiero escribir estos versos.
Del viento en ecos dispersos
traedme, musas, la flor,
ofrendas dad en loor
del héroe y la poesía,
dejad cantar la armonía
al amante del amor.

Al que soñaba despierto
la gloria de un continente;
el mar de su augusta frente
huérfana de amigo puerto,
forjó en ideal concierto
por sobre el monte y el llano,
hombre y mujer de la mano
en democrático juego,
de Alaska a Tierra del Fuego
un pueblo: el americano.

Sangre de hidalgo español,
clavel de joven entraña,
amante de la montaña,
lumbre de antillano sol.
En el diáfano crisol
tamiz de humana virtud,
abrazó la latitud
del sacrificio fecundo,
condenó a la faz del mundo
del hombre la esclavitud.

Trovador de verso verde,
caudal su verbo encendido,
corazón de siervo herido,
colegial que el grillo muerde.
En la inmensidad se pierde
el murmullo de su voz...
hombre y pueblo hablando a Dios
de su romántico empeño,
buscaron refugio a un sueño
del ala a la sombra en pos.

De Paula en humilde cuna
brilló redentora luz;
ángel asido a la cruz
frente a su ingrata fortuna.
Fuego de sol, gris de luna
golpean en la cantera;
de la amistad la bandera
defendió, cruento martirio,
convirtiendo ardiente cirio
en flor de su primavera.

Corta impetuoso el velero,
proa al oriente camina,
las ondas arremolina
a las plantas del viajero.
Genio templado al acero,
alma en el yunque forjada,
de la Isla abandonada
se lleva el canto del monte,
de palmas, un horizonte
besándose la mirada.

No hubo adiós, la despedida
quebró en promesa a la tierra,
soldado en la justa guerra
por la patria redimida.
La libertad o la vida
marcaron el derrotero,
enamorado sincero
del deber, el paso arrecia,
austero, firme desprecia
las bonanzas del sendero.

Anclan corazón y vela
doquier, propicio el destino,
abrió al triste peregrino
las puertas de su cancela.
De sus ideas, la estela
rieló en cada región;
la extranjera tradición
amó, le ven con asombro
los pueblos, llevando al hombro
el peso de su nación.

Buscó en la naturaleza
la huella del Creador,
inclinó ante el Redentor
el lirio de su cabeza.
Del Hombre-Dios, la grandeza
le envuelve en místico velo,
remonta su acento el vuelo
al irredento universo,
y en enardecido verso
cantó del calvario el duelo.

En su mundo de equidad
borró de la raza el mito;
color, vocablo marchito
negándole la verdad.
La falaz humanidad
la división ratifica.
No hay clase pobre ni rica,
en la esfera del valor
es la línea del honor
la que al hombre clasifica.

Solitario caminante
del amor incomprendido;
Eva lo quiso rendido,
el deber le ordenó errante.
En vano encontró el amante
corazón, otro cariño.
La nieve bordó su armiño
y él, en su eterno vagar,
vivió añorando el hogar
y la sonrisa de un niño.



El cuerpo endeble agiganta
el fragor de la jornada:
"tu gemir, mi desolada,
sierpes ata a mi garganta".
Previsora se levanta
desde nevados caminos,
presta a cumplir sus destinos
una pujante nación,
de todos patria y blasón
en brazos de nuevos pinos.

El cañón desenfadado
retó el canto del clarín,
sobre el surco, el Paladín,
murió cual hubo soñado.
"Junto al peleador, callado".
Desde la célica esfera
reluce en el rostro entera
la luz, y en la abierta mano,
floreció el pálido ramo
de rosas, y la bandera.

Marchó ajeno a la victoria,
la sangre no vertió en vano,
en los predios del tirano
surgió la patria a la historia.
Inmortal, en la memoria
de América, el soñador
reverdece en el fervor
de hemisférico Centauro,
rindiendo auténtico lauro
al Amante del Amor.

Corazón fuera de sí,
del amor enajenado,
vio desfilar a su lado
águila, estrella y mambí.
"¡Yo quiero morir allí,
levantad del cuerpo el alma,
rompamos la inerte calma,
desgarremos la penumbra;
morir donde el sol alumbra
y nos espera la palma!"

CONVERSACIÓN CON JOSÉ MARTÍ

JUAN CARLOS VALLS
(1965. CUBA)

Qué bien conversar en calma
frente a ti junto al tesoro
de verte igualar el oro
con el oro de la palma
qué bien descansar el alma
cuando me encuentro contigo
qué bien parecer testigo
de tu verso cuando sueña
que en tu morada pequeña
tiene el leopardo un abrigo.

En cambio cuánto me duele
si un amigo en su espesura
guarda un llanto que se apura
porque mi leopardo vuela
a tanta traición me huele
su envidia por mi leopardo
que si en el sueño que ardo
queda un sueño sin herida
soñaré cómo se olvida
en su monte seco y pardo.

tiene el leopardo un abrigo
en su monte seco y pardo
yo tengo más que el leopardo
porque tengo un buen amigo

José Martí

Creyó el amigo que hacía
una hazaña con mi nombre
porque sentirse más hombre
parece su fantasía
creyó ver que amanecía
su corta vida de nardo
y al desentrañar que ardo
en impropia luz mi brasa
hizo escribir en su casa
yo tengo más que el leopardo.

Pero en ti cómo descanso
el dolor por quién abruma
decir tu nombre es espuma
de río candil remanso
como de sufrir me canso
tu animal se vuelve abrigo
y si descorro el postigo
de la puerta que me encierra
la traición se vuelve tierra
porque tengo un buen amigo.

TRIBUTO A MARTÍ

URBANO GÓMEZ MONTIEL
(CUBA)

Fue tan puro y crisol para su tierra,
que forjó mil heroicos legendarios,
que llenaron de luz los escenarios
de lucha y de cañón cuando la guerra.

Visionario y filósofo que entierra
el valor en las almas, en santuarios
de las huestes mambisas, en precarios
momentos en donde la sombra encierra

todo el temor para matar los sueños,
las ansias de justicia y los empeños
de liberar la Patria de invasores.

Este hombre gigante de ternura,
fue paloma y león, patria y ventura
de la Cuba inmortal de sus amores.

De Cuba, la cercana lejanía por Oscar Abel Lugaluppi

MARTÍ

LUIS MARTÍNEZ
(CUBA)

Fue un visionario bueno, un triste peregrino
que deambuló, afanoso, soñando libertad,
un sembrador de ideas que iluminó el camino
enseñando a los hombres su credo y su verdad.

Ardió en sus ojos brunos la luz de una esperanza.
En su espíritu claro, la luz del ideal,
y en la ruta bendita de todas sus andanzas
Cuba fue norte y guía, bonanza y vendaval.

Al desplomarse, exhausto, como un roble en Dos Ríos,
los montes afligidos pusiéronse a rezar.
Desde la entraña ronca de todos los bohíos
un torrente de lágrimas corrió con rumbo al mar.

Las manos de la tarde tejieron el sudario.
Las palmeras contritas lleváronlo a enterrar...
¡al emerger la luna de su enorme santuario
dicen que, compungida, rompió presta a llorar!

De Cuba, la cercana lejanía

CON MARTÍ POR LOS RÍOS DEL ALBA

(DE PLAYITAS A DOS RÍOS)

NIEVES DEL ROSARIO MÁRQUEZ DE RUBIO
(CUBA)

El Cajobabo duerme en noche oscura
cuando siente los pasos de la historia;
y el tacre lo enraíza en su memoria
cuando él va con el agua a la cintura.

Cala el frío y hay niebla en esa altura
al cruzar el Jojó lleno de euforia.
El sabanalamar le ofrece gloria:
café y del guarapo la dulzura.

Por la orilla del alba van los ríos
que llevan a Martí hacia Dos Ríos,
a iluminar la Patria con su luz.

Humildes como el asno que entre palmas
lleva a Jesús a conquistar las almas
el día que perece en una cruz.

De Cuba, la cercana lejanía

A JOSÉ MARTÍ

JUAN ROURE MARRERO
(PUERTO RICO)

Hombre de verbo grandioso
con melancólico acento,
tormenta y calmado viento
Niágara vertiginoso.
Un cerebro prodigioso
de una sublime "demencia"
que aferrado a la conciencia
de lo que es la libertad
concatenó su lealtad
a Cuba y su independencia.

Era su voz un murmullo
viva conciencia de amor
del mártir al que al dolor
de la patria lo hizo suyo.
Elocuencia del arrullo
camino a la idealidad.
¡Flama ardiente de piedad
tuvo este espíritu estoico,
que viviendo un sueño heorico
dio mil de fraternidad!

Ojos tristes y profundos,
unos labios elocuentes,
verbo brotado de fuentes
con pensamientos fecundos.
¡Tal vez vino de otros mundos
desde el Cosmos misterioso!
Su oratoria era un coloso,
un atlante celestial,
que encerraba el ideal
de un sueño muy luminoso.

Verbo, apóstol y profeta
negado a la libertad,
un faro de la verdad,
hombre de palabra escueta.
Escritor genial. ¡Poeta
de pobreza franciscana!
Cristo del alma antillana,
un gólgota redentor
predestinado al dolor
por la libertad cubana.

¡No copió el odio su faz
pues su cólera era triste,
porque a su alma la viste
un suave beso de paz!
¡Era su prosa capaz
de crear resurrección,
y era su verso canción
celestial, por ser divino,
y señalaba el camino
de la gran liberación!

Era de cuerpo mediano,
con las mejillas hundidas,
dos lámparas encendidas
los ojos de este cubano.
¡Pulcritud de hombre antillano
con destellos de rubí,
lo dominó el frenesí
de la estrella solitaria,
Cuba fue patria y plegaria
del astro, José Martí

GLOSA

RAÚL HERNÁNDEZ NOVÁS
(1948-93. CUBA)

Estoy en el baile extraño
y pasan las chupas rojas.
De polaina y casaquín
pasan los tules de fuego
que dan, del año, hacia el fin,
como deleite de un ciego.
Los cazadores del año
pasan volando las hojas.

José Martí

I

Estoy en el baile extraño
adonde no fui invitado,
igual que un duende ignorado,
grave en su silencio huraño.
Me asusta el duro tamaño
en que se agitan las hojas
como enjambre de congojas
que caen, pesadas nieves.
Abro los párpados breves
y pasan las chupas rojas.

II

De polaina y casaquín
eran los bailes abuelos.
Hoy de siete turbios velos
se desnuda el árbol ruin.
Y cuando toque a su fin
la fiesta de que huyo ciego,
ya no estaré para el juego
de desvestirme los huesos.
Cual turbios, alados besos,
pasan los tules de fuego.

III

Que dan, del año, hacia el fin,
una fiesta hirsuta, hirviente,
olvide, pero el demente
chirrido del cornetín
y los festones de esplín
y del vals el azul fuego
me llamaron... mas no entrego
mi cuerpo a las llamas viejas
y se enlazan las parejas
como deleite de un ciego.

IV

Los cazadores del año
fatigan su selva huera.
Yo me quedo en la ribera
viendo su bregar extraño,
vistiendo el helado paño
de las añoranzas cojas
y escaldado por las rojas
tardes de incendio tan hondo
mientras, del tiempo hacia el fondo,
pasan volando las hojas.

De su libro inédito **Canciones y figuras**
decimadas

GLOSA DEL BRINDIS

ANTES DE SALIR DE SANTO DOMINGO A CUBA

FRANCISCO HENRÍQUEZ
(1928. CUBA)

Para un cubano es mancilla
a falta de inteligencia
brindar por la independencia
con vino de manzanilla.
Manzanilla es de Castilla,
Castilla viene de España,
la que nos oprime y daña
con infinita crueldad;
brindo por la libertad
con aguardiente de caña.

José Martí

I

Nuestro vino es agrio, pero
con el sabor de este vino
forjaremos un destino
libre del blasón ibero.
Se abrirá otro derrotero
para la mayor Antilla:
no ser libres nos humilla,
la opresión es avarienta,
y vivir con tanta afrenta
para un cubano es mancilla.

2

Con una copa de alcohol
que las venas nos inflama
la sangre será una llama
quemando el yugo español.
La ingente hoguera del sol
no salvará la impotencia,
quebrará toda opulencia
nuestro aguerrido jinete,
y tendremos el machete
a falta de inteligencia.

3

La patria tuvo el licor
para el guerrero mambí,
y en los labios de Martí
su vino supo mejor.
Debe ser por el sabor
de su tropical esencia,
y a falta de la existencia
de un vino que no tenemos
con este licor debemos
brindar por la independencia.

4

Nuestro vino no ha de ser
como el de la patria madre,
pero a pesar que no cuadre
lo tendremos que beber.
Si da inquietud o placer
no será causa que humilla.
Brindemos por esta villa
que ante el rigor no se rinde,
¡y dejen que España brinde
con vino de manzanilla!

5

Quiero vino alambicado
de jugo de caña pura,
que fue cortada madura
con un machete afilado.
El vino purificado
con miel del Hanabanilla,
para que cual sol que brilla
cielo arriba ardiente suba...
el ron de caña es de Cuba;
Manzanilla es de Castilla.

6

Me gusta el ron matancero
de cañas de Guamacaro
que bajo un sol puro y claro
cultiva el feliz sitio.
De caña que el machetero
corta con una guadaña;
caña de melosa entraña
que sabor a Cuba tiene...
este ron de Cuba viene;
Castilla viene de España.

7

Para hacer un Cuba libre
como este ron no hay igual,
ron con gracia nacional
y de supremo calibre.
Hace que la mente vibre
y se agite nuestra entraña,
para combatir la saña,
la que hiere a Cuba bella,
la que el honor atropella,
la que nos oprime y daña.

8

Como no es tiempo de fiesta
y el hombre vive indolente
con un vaso de aguardiente
se hará incendio la protesta.
Llevemos la espada enhiesta
como un sol de dignidad
para extinguir la maldad...
así es como se fustigan
a esos que nos castigan
con infinita crueldad.

9

No brindo con parabienes
que enriquezcan a los hombres
ni para que alcancen nombres
ni para que tengan bienes.
Sólo brindo para quienes
luchan con sinceridad
por ver libre mi heredad
y el honor de mi bandera...
como el Apóstol dijera:
brindo por la libertad.

10

¿Para qué buscar licores
puros de lejanas tierras
si en nuestros valles y sierras
se cosechan los mejores?
Por nuestros libertadores
dignos de más de una hazaña
no brindemos con champaña
ni otros licores de Europa...
alcemos, pues, esta copa
con aguardiente de caña.

DOS GLOSAS

RONEL GONZÁLEZ
(1971. CUBA)

El enemigo brutal
nos pone fuego a la casa:
el sable la calle arrasa
a la luna tropical.

José Martí

I

Pasa oculta por la calle
la sombra del enemigo
convulso (no hay un testigo
que no conozca su talle).

Pasa, y el falaz detalle
que desdibuja al final
de su cuerpo, es un brocal
lejano, sanguinolento.

Pasa y riel a un negro viento
el enemigo brutal.

II

Se diluye el aguacero
del mal. Luces para el bien
se enfilan. Crece también
la bestia, el tiempo. (¡me muero!)
—dice un hombre en el sendero
impávido que nos traza
la humedad con su barcaza
impía—. El mal no termina,
nos clava su amarga espina,
nos pone fuego a la casa.

III

Pero el bien suele llegar
lejos, el bien no se ausenta
jamás, y rompe la cuenta
que el necio quiere pagar.

El bien se impone (al doblar
mi cuartilla todo pasa)
surge, tal vez se desplaza.

Yo quiero que el bien desande.

Y mientras su voz se expande
el sable la calle arrasa.

IV

Arrasa el mundo y avisa
de la hecatombe. Aborrezco
su empuñadura. No crezco
en su país. Cicatriz
el mal con un divisa:
seguir esperando el mal.

El sable ruge (trivial
es su figura). El país
emerge en su cicatriz
a la luna tropical.

¿Será misterio? ¿Será
revelación y poder?
¿Será, rodilla, el deber
de postrarse? ¿Qué será?

José Martí

I

La casa: dulce yamagua
me florece... la presiento
en la memoria y sediento
me voy hundiendo en el agua.

De lejos soy tierna fragua,
estallido, cerca va
lo más fiel, lo que no está.

¿Será este recuerdo vago
sorpresa infiel de algún mago?
¿Será misterio? ¿será
que todo se acabará
cuando vuele una voz muerta?
¿Tendrá mi aliento esa puerta
cerrada? ¿Qué luz tendrá?

Sé que se derrumbará
mi casa, ¿qué voy a hacer?
Paso revista al placer:
le falta un sueño, una danza,
no sé qué tibia esperanza
¿revelación y poder?

II

Se va todo: el mar, la lumbré,
árbol, madera, un recodo
que no existió, se va el modo
de vivir. Sin la costumbre
el hombre, su incertidumbre,
no se atreven a volver
al patio, su atardecer
violeta, su nieve trunca.

¿Será morir no estar nunca,
será, rodilla, el deber
de hundirse? ¡Jamás! No ser
es como andar desvestido
por una calle, perdido,
cuando ya el anochecer
toca su flauta al querer
desolarnos. ¿Pasaré
esta gloria? ¿Llegaré
el juicio final? ¿Oteo
acaso un turbio deseo
de portrarse? ¿Qué será?

Tomados de **Dictado del corazón**
(Ediciones Holguín)

PLEGARIA ANTE UNA FOTO DE MARTÍ ENTRE LAS CAÑAS

FRANCIS SÁNCHEZ
(1970. CUBA)

Anda tu risa limpia por los cañaverales
con un sabor a fuego cribado en las raíces.
Tu carcajada inmóvil sube en lo que no dices,
y el viento pueblerino encabrita las sales
de mis labios, cansados de asirse a tus breñales.
Si dejás de mirarme así, con esa herida
como filo invisible de una hoja, no es mi vida
el ojo de la cámara, ni soy más los pequeños
botones de tu traje, saltando, esos dos sueños
de la luz que te ríe, negra y blanca, encendida.
Sígueme conversando sobre el jugo tan fino
de las cañas quemadas, cómo el cielo es impar
y cómo es la bendita circunstancia del mar,
háblame bien, bien alto, ¿cuál otro corcel vino
después, más blanco aún, y te alzó a tu destino?
¿Qué olvidos diluían un azúcar tan firme?
No te muevas, Martí, o empiezas a morirme.
Nunca se apague el cruel verdor donde palpita
la seda negra de este silencio que en ti grita
profundas carcajadas, o empiezas a mentirme.

Tomado de **Oratorio**

GLOSA

LOS COLORES DE LA AGONÍA

ENRIQUE MARTÍNEZ SANTOS

Mi verso es de un verde claro
y de un carmín encendido
mi verso es un ciervo herido
que busca en el monte amparo.

José Martí

I

Me duelo cuando el turquí
transmuta en el horizonte
y cubre el glauco del monte
un céfiro carmesí
cuando el tinte que vertí
sombreó mi atuendo de raro
suspiré: y aunque hoy reparo
la brillantez del color
cuando le canto al amor
mi verso es de un verde claro.

II

Tanta nitidez me ha hecho
tergiversar los colores
y dar a falsos amores
la blancura de mi pecho
cuando a oscuras y en acecho
todo de negro vestido
viene y descarga Cupido
el arco de la vileza
la sangre me fluye espesa
y de un carmín encendido.

III

Yerto en la grama. Flechado
y escapando de las cosas
no puedo ver de las rosas
su bello matiz rosado
ni al pavoreal que a mi lado
resalta su colorido
ni el pigmento compartido
que exhiben los cazadores
por los que entre los albores
mi verso es un ciervo herido.

IV

No hay fin para mi agonía
y el dolor quiebra la espalda
¡qué lento se aleja el gualda
de una tarde que no es mía!
Asiéndome a la "varía"
a duras penas me paro
y al ver que el vetusto faro
lanza un viso bermellón
huyo como el cimarrón
que busca en el monte amparo.

**RÉQUIEM POR
LALITA CURBELO BARBERÁN
(1930-2002)**

ELEGÍA SIN NOMBRE

A LALITA CURBELO BARBERÁN (1930-2002)

LUIS CAISSÉS SÁNCHEZ

Hubo un tiempo
en que nadie sabía respondernos
dónde estabas
ni por qué, sin llegar el invierno,
callabas
huías
o simplemente, aunque es muy duro oficio,
olvidabas
olvidabas
olvidabas.

Después que conocimos el por qué de aquel silencio...
¡qué vergüenza tener que volver a tu cara!
Después de aquel parecer que envejecías...
¡qué terror enfrentar tu tranquila mirada!

¿Te abandonamos entonces? A veces lo he creído.
¿O fue que tú elegiste la forma más gallarda
de acostumbrar la vida al paso de la muerte?
¡A puertas cerradas!
Como dicen que hacen los nobles elefantes
cuando sienten la muerte mordiéndoles las patas.

¿Qué escribiste, entonces, que de todos ocultas?
¿Qué gritos dejaste clavados en la almohada?
¿Qué agonías pusiste a secar en los cordeles?
¡Dínoslo mujer de apacible mirada
para que los miedosos, los débiles, los necios,
los que al menor vaivén nos ahogamos en lágrimas,
aprendamos a morir –andando por tus versos–
y con el fuego de tus versos forjemos nuestras lanzas!

Ya que tú no lo dices yo sí voy a decirlo:
¡qué duro fue el camino para llegar al alba!
Después que conociste que la muerte quería
dejarte impunemente, como hierba aplastada...
que de la ternura irías al martirio...
que tu risa sería de la tierra borrada.

Y que uno tras otro tus amores se irían...
y que por la catástrofe no serías tocada.
Que habías sido elegida para sobreviviente,
para hacer las coronas y tejer las mortajas
de cuantos te llamaron por hija o por sobrina,
de cuantos te llamaron por nieta o por hermana.

Ya que tú no lo dices yo sí voy a decirlo:
¡esos trece siglos que estuviste callada
fue el tiempo necesario para andar por la muerte
y salir de la muerte con la frente más alta!
Que en esos trece siglos de aparente silencio
te dedicaste a escribir la palabra esperanza
en todos los rincones y en todos los espejos
para que nunca, nunca... ¡jamás se te olvidara!
Y a colgar en los techos y las grises paredes
las palabras valor, fortaleza, confianza,
aprendértelas todas de tus grises cabellos!
¡A bordarías en blusas y vestidos y faldas!

Hay quien roba flores... ¡y no puede evitarlo!
(Cuando cruza jardines las manos se adelantan).
Pero tú en ese tiempo de aparente miseria
encontraste en el robo una puerta más ancha:
aprendiste a robar medallitas de cantos,
azabaches de risas, moneditas de gracias,
pulseritas de juegos y collares de saltos,
anillitos de arrullos y dedales de ansias.
Aprendiste a cazar en el aire los besos
y a ponerlos, después, en floreros de plata.
Aprendiste a cazar carcajadas y voces
para ponerlas, luego, por toda la casa.
A poblar con paciencia, otra vez, el silencio.
A sembrar en el llanto, otra vez, arrogancias.
A poner otro nombre a los nombres perdidos
y a ponerle, a tu insomnio, nuevamente las alas.

Porque como los muertos se quedan en las cosas
y siguen adornando los cuartos y las salas
y siguen reflejando su rostro en los espejos
y ocupan los espacios que siempre apacentaron
y como tú sabías que con ellos se tropieza
como quien choca, a oscuras, con mesas y butacas...
tú hiciste, sabiamente, que a cada nuevo choque
salieran de las cosas, como en locas bandadas,
mariposas de besos, abejorros de risas,
polvaredas de rosas, crujidos de rondallas.

Así... ¡de forma heroica te enfrentaste a la muerte
y saliste triunfante del horror de sus garras.
¡Tú... que parecías más débil que una rosa!
¡Tú... que no sabías de dardos ni de zarzas!
¡Tú... amasada toda con nácares y espumas!
¡Tú... la preferida de la tenue nostalgia!
¡Tú, la de ojos verdes como salvia pacífica,
como suaves helechos o mansísima albahaca!

¿Qué escribiste, entonces, que de todos ocultas?
¿Por qué de esa poesía no nos muestras la cara
si fue a través de ella que volviste a la vida
después de andar cavernas hondísimas y amargas.

¿Qué escribiste, entonces, que de todos ocultas?
¡Dínoslo, mujer de la firme mirada,
para que los miedosos, los débiles, los necios
los que al menor vaivén nos ahogamos en lágrimas
aprendamos a morir andando por tus versos
y con el fuego de tus versos forjemos nuestras lanzas!

EPÍSTOLA A LALITA CURBELO

PEDRO ANTONIO PÉREZ GONZÁLEZ

Estoy escribiendo para resaltar tu voz y así alcanzar
el veloz eco que la va siguiendo.

Cuando me observes sonriendo desde tu nueva glorieta,
verás mi aciaga silueta remontar la piel del monte,
otras cantar
al sinsonte,
en la cola de un cometa.

Aún escucho tu sonido, tu estrofa quedó insepulta, ¿sabrás
Lala que resulta casi imposible tu olvido?

Fuiste reina en nuestro nido, la palabra codiciada, la
campaña matizada siempre por las juveniles flores de nuevos
abriles y hoy te veo reflejada
en el parque, en el convento,
en la plaza de mi aldea
y mi vista se recrea contigo a cada momento.

Quisiera ser raudo viento para atrapar tu inaudito
verso que va al infinito
y nos llena de alegría.

Hasta pronto, poesía.
No te olvida.
El Jibarito.

Para Fredo, que sabe: que
cabe dentro de nuestro cuerpo
estuvo dentro de una estrella.

Con el corazón de

CFZ

21-junio 2002

Te atreviste. Desafiaste todas
las iras
y fuiste sonámbulo
buscándote.

Pero dime, ¿tienes ahora el
reposo que querías,
qué haces con tu piel ya
hecha tierra debajo de la tierra?
¿qué has logrado con tu enterrada
voz
y tus manos apagadas?

Un día todos tenemos que morir.
Morir es más simple de lo que
otros creen.

Pero tú tenías que azotar la
madrugada,
que romper la muralla,
que desafiar la vida.

Tú tenías.
Por eso lo hiciste. Pero ahora
te mueves inquieto –siempre y

todavía– en la tierra hecho tierra.

Lalita Curbelo Barberán

POETA SIEMPRE

Rubén Rodríguez /¡ahora!

ruben@ahora.cu

LO había preguntado en su último libro: "¿Cómo debo celebrar tu muerte? ¿cómo debo acompañar tu entierro?" La poetisa Eulalia Curbelo Barberán, figura prominente de la Cultura holguinera y cubana, falleció en esta ciudad a la edad de 72 años, víctima de una penosa enfermedad.

Antes había pedido a una amiga flores y arena blanca de Gibara. Lentamente se iba despidiendo de la vida, pero aferrada aún. Los que conocimos su verbo incendiario sabemos cómo la poeta hizo de su palabra un arma, como buena acuariana.

Ella, que fue periodista, se nos escapó del cierre. Ejerció el periodismo en las publicaciones literarias locales *Jigüe* y *Cayajabo*, integró los consejos editoriales de las revistas culturales holguineras *Diéresis* y *Ámbito*, y se destaca su labor de promoción cultural en las páginas del periódico *Norte* desde su fundación en 1952, donde publicó no sólo su obra, sino la de figuras representativas de las Letras latinoamericanas y universales, y al decir de los historiadores, escribió la "primera tentativa de una historia de la Literatura y las Artes en Holguín". Mientras que en la emisora Radio Holguín mantuvo por largo tiempo su programa *Romance en la noche*.

Miembro de la Generación del 50, sus primeros versos aparecieron en publicaciones periódicas de la época, como *El País Gráfico*, *Chic*, *Carteles* y *Romances*, y en la prensa local; y mereció elogios de grandes personalidades, como Juana de Ibarbourou, quien la llamó "poeta hasta los huesos".

Su obra poética aparece recogida en **Selección de poemas** (1960), **Catedrales de hormigas** (1962), **Las razones del duende** (1962), **He aquí la extranjera** (1967), **Oficio del recuerdo** (1988), **Celebración de la muerte** (1990), **Sonata incon-**



© JUAN

clusa (1992), **El tiempo y el recuerdo** (1994), **Fijo testigo el mar** (1999), **Tiempo de otoño** (2000), **Eros, Thanatos y Heroikos** (2002) y **El gigante** (2002). Ha sido publicada en una decena de países y está traducida a varios idiomas.

Está incluida además en ocho antologías nacionales y extranjeras y tiene publicado el testimonio **El tiempo y el recuerdo**, sobre el revolucionario Oscar Lucero Moya, su compañero del clandestinaje.

De raigambre martiana, Lalita fue una activa luchadora contra la dictadura de Fulgencio Batista. Bajo la dirección de Manuel Angulo, participó en la búsqueda y traslado de armas y medicinas, distribución de propaganda y otras tareas de apoyo de acción y sabotaje, y también formó parte del grupo que organizó y proyectó el atentado al sanguinario

coronel Cowley. Y al Triunfo de la Revolución estuvo presente en la fundación de las organizaciones de pueblo.

Graduada de Maestra Normalista y más tarde de Pedagogía en la Universidad de La Habana, dedicó al magisterio más de tres décadas y fundó la Casona del Amor Diario, el 3 de mayo de 1959, primera institución del territorio dedicada a la protección de niños sin amparo filial, con la tremenda satisfacción de hacer hombres de bien.

Lalita Curbelo había recibido el Hacha de Holguín y el Aldabón de La Periquera, máximas distinciones del Gobierno en la provincia y la municipalidad, respectivamente, y ostentaba otras importantes condecoraciones cubanas.

Retirada de la vida pública en los últimos tiempos, recientemente hospitalizada, agonizante la última semana, se nos murió una parte de la poesía, en la madrugada del 28 de diciembre. Ella también lo había advertido: "A veces no entendemos y es porque estamos vivos."